



EL CAZADOR DE VAMPIROS

EVELINE BURTON



EVELINE

BURTON

El cazador de vampiros

Título: El cazador de vampiros

Autor: Eveline Burton

Safecreative: 1910272332381

Imagen de portada: pixabay.com

Todos los derechos reservados. Cualquier copia no consentida por escrito por la autora es ilegal y será perseguida por la ley.

Los personajes, hechos y la aldea así como el castillo donde yace Drácula, en esta novela son ficción. Cualquier parecido con la realidad es puramente coincidencia.

Dedicatoria

Al grupo de facebook Acordes Literarios por su reto, que ha permitido que me pusiera las pilas y esta novela saliera del cajón de los desastres, como llamo a la caja donde todas mis novelas reposan a la espera de un empuje para salir a la luz.

A Lourdes Tello y Catalina Molina por su apoyo y ánimos constantes para con una servidora.

Y finalmente, dedico esta novela corta a todos vosotros, lectores, que habéis decidido darle una oportunidad. Gracias por el apoyo y la oportunidad, espero que la novela, al menos, os sea entretenida. Un abrazo.

Capítulo 1

Para Adrian aquel era otro día de tantos, un tormento que le abrasaba el alma como ascuas ardientes. Dar muerte a un vampiro era liberar a una aldea y evitar que convirtiera a otros, pero esos monstruos sin forma definida de hombre o mujer, con garras afiladas semejantes a la de los lobos, con los ojos rojos y los colmillos creciendo hasta salir de la boca, eran personas con sentimientos humanos, familias, amigos y deseos, que se toparon con un vampiro más o menos hambriento, más o menos juguetón y lo convirtió bien por falta de apetito, bien porque el humano se agarraba con excesiva fuerza a la vida.

Aquel a quien él había liberado, pues en cuento le daba muerte su alma encontraba la paz, era el panadero. Un hombre trabajador, agradable, quien viudo desde hacía ya catorce años, dejaba solos a dos chiquillos de quince y dieciocho años. ¿Cómo les iba a contar lo sucedido?

Esas personas estaban acostumbradas a convivir con la muerte, pero él también y la muerte de su padre, hacía ya quince años, seguía doliendo como el primer día. En algunas ocasiones, le dolía incluso más. En ese preciosa instante, le dolía más que cuando él mismo se encontró en el trabajo de preparar su pila funeraria y enterrar sus restos donde murió a bastante profundidad para que los animales y otros no lo tocasen. Luego, en el tronco del árbol a cuyos pies yacía el creador de sus días, colocó una cruz con las iniciales: R.I.P.

Las lágrimas le bañaron el rostro sin poder con ello calmar el fuego de su alma, y en ese momento en el que llevaba cogido de las riendas su caballo con los restos de aquella víctima, volvía a sentir el mismo dolor.

Se decía, él mismo lo escuchó muchas veces, que cuando convives con la muerte terminas por aceptar su existencia, acostumbras tu corazón al dolor, tus ojos a la palidez... pero él no quería, pues como decía su padre:

—Si te acostumbras a la muerte, dejas de valorar la vida.

Aquellas palabras resonaban una y otra vez y él mismo se las decía.

Muchos de los habitantes de Rumanía no opinaban de aquel modo, pero él lo agradecía, pues al menos aún no habían dado todo por perdido, todavía tenían ganas de hablar, comentar y opinar.

Mas él, en ese momento, solo deseaba saber como era posible que los vampiros rondasen aún, como podía ser. Aquello le atormentaba. Estaba seguro de que muchos creían que para él no era problema hacer algo así, pero sí lo era. Los ciudadanos de las aldeas, los pueblos y las ciudades donde era reclamado, veían a un vampiro, para él, aún convertidos en aquellas bestias que se alimentaban de la sangre inocente, veía a los humanos que fueron. Cierto que encontraba algo de paz cuando morían, pues sabía que sus almas descansaban, pero en una persona joven, en un niño por ejemplo, poca necesidad había de ello. Demasiada poca.

Con los pensamientos bullendo en su cabeza, llegó a las afueras de al aldea, donde aquella gente, muchos harapientos, otros sucios, otros cojos... pero todos esperando con un ansia febril, como si los ojos se les fueran a salir de las cuencas, temblando algunos, mordiéndola las negras uñas otros, se encontraban reunidos, en un amplio grupo apretado.

Se colocó bien el sombrero:

—Su alma ya descansa en paz. Vamos a permitir que su cuerpo haga lo mismo.

Continuó caminando despacio, con la cabeza gacha, el rostro casi oculto por completo por el ala ancha del sombrero negro a juego con su ropa, cuando dos pares de piel le salieron al paso.

Muy lentamente, alzó la vista y sus ojos quedaron fijos en los dos huérfanos, quienes miraban a uno y otro lado en busca de su padre.

—Haz el favor de cuidar de tu hermana, tu padre no tendrá eterno reposos por mucho que yo pueda hacer, si a alguno de vosotros os sucediera algo.

Las lágrimas no tardaron en caer cual fuente abierta a toda presión. Se abrazaron hundidos en la más absoluta soledad y miseria esperando a que su padre, como otras tantas veces, acudiera a su encuentro, a su protección, pero el tiempo pasaba y ni una ni otra cosa. Creyeron que pedían demasiado, les era suficiente con ver a su padre una última vez, pero tampoco.

Las campanas de la única Iglesia del lugar tocaron a misa para rogar por el alma del difunto, pero los chicos no acudieron. Su padre no podía haber muerto, no querían vivir sin él y que apareciese un vampiro y les matase les importaba bien poco.

Adrian se dio cuenta y no tardó en salir en busca de los chicos, con el sombrero puesto, sin capa, atormentado por crueles escenas en su mente. Escenas en las que los chicos corrían la misma suerte que su padre y era él quien daba el golpe de gracia.

Con el corazón a punto de estallar, la respiración agitada, sudando pese al fresco que anunciaba lluvia con el olor a tierra mojada, corriendo a derecha e izquierda, torciendo por cada pequeña calle que en realidad solo eran un par de casas en una dirección y otras dos en la contraria, buscaba dispuesto a ir hasta el bosque para localizarles.

De pronto les encontró.

Se tuvo que agachar detrás de unos cestos de pan duro con presteza. Lloraban desconsolados casi sin voz, de rodillas y abrazados uno al otro, con dos vampiros dando cuenta de la situación. Se escondían detrás del tronco de un árbol uno, y el otro entre la espesa copa.

Él los veía a la perfección. Sus ojos rojos no se confundían con nada del mundo y sus garras desgarraban cuanto se encontraba a su paso aunque muchos lo hacían tan sutil que no todos los humanos veían las señales. Él sí.

Pero no podía acercarse más o los vampiros atacarían a los chicos. Tampoco podía disparar. Su ballesta disparaba las flechas de una en una. En ese momento, estaba dispuesto a dar su sombrero y su capa por tener un compañero, mas nunca tuvo uno, su padre trabajó solo durante casi quince años y él llevaba sus mismos pasos.

Su respiración continuaba muy agitada, el calor hacia que gruesas gotas de sudor cayeran por su rostro empapando la camisa que terminó por pegarse al cuerpo.

Tomó en un acto de desesperación una piedra que al presionarla se le hizo arena. Decidió entonces atacar. Una piedra no iba a matar a un vampiro de ninguna forma, pero sí que llamaría la atención sobre él, y los chicos tendrían una oportunidad.

Preparó la ballesta con una flecha de plata, abrió la funda donde guardaba la espada y tomó una segunda flecha que sujetó con los dientes. Se puso en pie.

Lanzó la piedra con la suerte de un gran puntería; le dio al vampiro que asomaba su horrible rostro entre las hojas del árbol.

Como sospechó, los dos monstruos le vieron y abriendo sus enormes alas, se lanzaron sobre él.

La flecha fue disparada. Con gran maestría, se clavó en el corazón y el vampiro, una mujer, cayó muerta, aunque si se quedaba rezagado resucitaría.

Sin embargo, el otro vampiro aprovechó para, con las garras que tenía por pies, enganchar a Adrian y arrojarlo con violencia sobre un carruaje cargado de leña.

El grito de Adrian se pudo escuchar en toda la aldea, cuyos habitantes no tardaron, al ver a los vampiros, en correr en estampida en todas las direcciones.

Nadie se le acercó a echar una mano, ni a los chicos, quienes perdieron el conocimiento al ver los vampiros atacar.

Pese a tener un fuego en el hombro, clavos que le atravesaban y haber perdido el mundo de vista, Adrian hizo un intento por ponerse en pie, pero no pudo y tampoco le fue necesario. Su cuerpo no obedecía, mas bien parecía un juguete sin juicio ni razón en manos de los niños salvajes que se habían transformado en unos vampiros dispuestos a hacer que reuniera con su padre.

—¿Acaso vas a rendirte ahora? Lo mismo que tú estás sintiendo, lo sintió el panadero y él luchó por sus hijos.

La voz le llegó limpia, clara, directa al cerebro, con aquel timbre que a su padre caracterizaba. Quiso abrir los ojos, pero le quemaban, ya era su fin. Podía sentir como le rasgaban la ropa, como las garras se abrían paso a través de su piel. Sentía algo líquido correr por su cuerpo, pero desconocía si era sudor, lágrimas o sangre. El dolor le había abandonado, aquella voz se lo llevó todo, le dejó como una cáscara de nuez; vacío.

—Yo no me rendí, no te rindas tú. Salva a esos chicos, están tan solos como tú.

Aquellas palabras sonaron igual que la primera ocasión y cuando su cabeza chocó con algo duro por tercera o cuarta vez, le dejaron caer al suelo.

Cayó como si de un saco se tratase. Su cuerpo, sus órganos... todo estaba parado y lo agradecía. Su mente sí funcionaba, pero era lo único. Todo lo demás estaba allí. Tirado, de costado, con la cabeza sobre el suelo, los brazos uno junto al otro, las piernas un poco flexionadas. Desconocía cuantas veces se lo habían pasado uno al otro, cuantas lo habían pateado, cuantas le habían arañado, cuantas lo tiraron sobre los carros, cuantas cosas había roto su maltrecho cuerpo.

Pero lo único que importaba era que aún no le habían mordido. Mientras no lo hicieran podía sobrevivir y acabar con ellos, mas ¿cómo? ¿Dónde se encontraban sus armas? ¿De qué forma si él no se podía mover?

En ese instante, mientras oía a los vampiros reír, uno le echó tierra en la cara. Siguió así cada vez con más ímpetu. Y en esa diversión, la tierra le empezaba a cubrir, la respiración era complicada, pero no tenía fuerzas para hacer nada. Las lágrimas comenzaron a caer y a humedecer su rostro. se estaba asfixiando.

En su desesperación, consiguió girar un poco la cabeza, aunque no fue suficiente. Tampoco bastó que cerrase la boca, escupir la tierra le exigía un esfuerzo que no podía realizar.

Mas entonces, el sol que llevaba días sin aparecer, asomó por detrás de una nube y el entierro en vida cesó.

La angustia parecía haber llegado a su final, mas su inmovilidad continuaba.

Sin embargo, sintió como si alguien le acariciara, le hablara pese a no entender nada y en su memoria, su padre volvió a estar presente. Recordaba muy bien que nunca se rendía, por muy herido que estuviera, la obligación superaba aquello y la tristeza dejaba paso a la paz de espíritu cuando el trabajo estaba terminado.

En ese instante, volvió a su oído el batir de unas alas y sin saber como, movió su mano derecha que tocó algo duro y liso. Hizo un esfuerzo por saber que mejor que era, alargó la mano aún más y abrió los ojos: era la ballesta. Si alguien se la había acercado o todo el tiempo estuvo

allí, eso ya ni lo sabía ni le importaba.

Se limitó a cogerla y disparar la única flecha que tenía.

El vampiro cayó muerto.

Entonces, utilizando la ballesta como apoyo, se consiguió poner en pie, mientras la tierra caía de su cuerpo para volver a posarse en el suelo, dejando al descubierto un cuerpo herido, sangrante pero aún dispuesto a terminar lo que había empezado.

Adrian, soltó la ballesta y tomó una espada. Le cortó la cabeza al vampiro que se le acercó volando. El mismo al cual antes de aquella tortura, le había disparado la flecha. Luego, al que aún permanecía en el suelo, le hizo lo mismo.

Cayó al suelo.

Sobre su espalda, con la sangre manando de diversas heridas, sonrió al ver que el sol volvía a aparecer y junto a él, inclinado y mirándole con cariño, estaba su padre.

—El panadero está contento, sabe que sus hijos están a salvo. Su alma descansa y velará desde allá arriba por su descendencia, como yo velo por tí.

Se desvaneció a medida que él se hundía en las sombras, pues nada más tenía por hacer: misión cumplida.

Capítulo 2

La muerte de los dos vampiros, entristeció sobremanera a sus compañeros. Machos y hembras se fundieron en abrazos mutuos que les permitían consolarse los unos a los otros.

No entendían cómo y por qué, ellos solo querían sobrevivir, nada más. Mataban lo justo, ni más ni menos, lo justo. El resto eran animales a los que nadie quería; ratas, perros que no servían para cazar.... los cuervos y lobos no eran buena idea, sabían mal y eran necesarios para limpiar el bosque de los cadáveres que ellos dejaban.

Respecto a los humanos, nunca caían más de cuatro al mes; uno por semana y eso que eran doce.

En realidad, solo quedaban doce. Los últimos para poder resucitar a su padre Drácula. ¿Acaso los humanos si en sus manos tuvieran el poder y la oportunidad de dar vida a su progenitor lo harían? Estaban seguro de que no, los humanos eran quisquillosos, avaros y no ayudaban más que a sí mismos.

De hecho, cuando uno de ellos le pidió cortésmente, que le diera un poco de sangre, el humano le decapitó. Luego, en el ataúd, le clavó una estaca de álamo temblón en el corazón y en la boca sobre la lengua, le colocó una piedra. Llenó el ataúd de ajos frescos y lo cerró clavando clavos de plata. En el ataúd, si aún no le habían hecho bastante, colocaron un crucifijo de plata. El pobre no había matado todavía, era un joven de doce años que se alimentaba de animales y quiso probar la sangre humana.

Y, además, ¿a cuántos mataban los humanos? Ellos, los vampiros, no se mataban entre sí. Era un regla sagrada que respetaban hasta las últimas consecuencias. Se respetaban y querían a su padre.

El conde Drácula yacía en su ataúd en una cripta solo para él debajo del Castillo en el que se encontraban. Le habían clavado la estaca en el corazón y profanado su cuerpo, pero para evitar que resucitase, eran necesarias una palabras que sus asesinos no dijeron. Prueba de ello; su cabeza había vuelto a unirse y la estaca estaba más saliente.

El cuerpo del Conde descansaba en un ataúd de pino con la tapa de cristal. Cuatro candelabros, encendidos día y noche, se encontraban en cada una de las esquinas del féretro. Siempre habían alguien se dedicaba a vigilar por si alguien se acercaba, aunque también observaban con cautela la estaca y no había mes en el que no se moviera un poco hacia fuera. Parecía que el propio cuerpo la quería expulsar, aunque no era posible que resucitase, para ello había que llevar a cabo un ritual y ninguno sabía de qué se trataba. Solo podían buscar el pergamino pese a que era uno muy viejo y el Castillo era imenso.

Décadas tardaron en localizar el cuerpo del Conde y otras más en saber que debían hacer para volver a tenerle con ellos, pero era eso algo que los humanos no entendían.

Como tampoco lo mucho que les dolía perder a uno de los suyos. En cuestión de solo un día, el cazador había acabado con tres, de seguir así ¿quién y cómo salvar a su padre?

Los llantos iban de un lado a otro por las paredes de piedra, por las salas y escaleras. El dolor de cada uno era sentido por el otro y así sucesivamente. Creían morir de pena, aunque no

podían hacer tal cosa. Desconocían como consolar al otro, que palabras podían ser efectivas en un momento como ese. lo único que se les ocurría era estrecharse, dirigirse a los féretros y dormir, soñando con los buenos momentos vividos con los difuntos.

Aquellas cazarías, las jornadas revisando cada rincón del Castillo, la captura de los humanos, el convertirlos en uno de ellos, las enseñanzas... Ellos no veían el amanecer, pues cuando llegaba todos se encontraban en sus ataúdes como niños buenos que se van a la cama a la hora convenida para que mamá esté contenta y les de un premio.

Ellos no tenían una madre, tenían un padre que les necesitaba y que les entregó lo más importante y valioso; manual de inmortalidad.

—Se dice —contaban más de una vez, cada vez que convertían a uno más—, que nuestro padre escribió antes de ser asesinado, un manual para que sus hijos, es decir; nosotros, pudiéramos vivir. En ese manual, que ya ha sido transcrito muchas veces, se nos explica como podemos seguir con vida, la importancia de que nos respetemos y ayudemos a todos, de que cada uno cumpla su función y comparta su caza con quien no ha conseguido el alimento necesario. También nos cuenta quienes eran los dueños de este Castillo y como evitar que nos expulsen, pues este Castillo no nos pertenece, pero como nuestro padre yace aquí, y la familia propietaria es la culpable de lo que el ocurrió, tenemos derecho de permanecer aquí. ¿Alguna pregunta hermana?

—No... bueno, sí una. Soy curiosa por naturaleza, lo lamento. Pero una cosa si me gustaría conocer. Me has dicho que el manual se ha reescrito varias veces. ¿Seguro que nada ha sido cambiado?

—Seguro, hermana —respondió el vampiro con rapidez—. Verás, para nosotros, ese manual es tan importante como la sangre que nos permite seguir vivos. De ese modo, que lo respetamos como a nuestro padre. Cada día, uno de nosotros le vigila mientras el resto duerme.

—¿Y el sol? ¿No te quema?

—Claro que me quema si me llega. Pero donde descansa nuestro padre no hay ventanas, solo cuatro candelabros de oro que arden continuamente.

—Tengo miedo.

—Es normal, es tu primer día. Yo cuidaré de tí. Ven, duerme junto a mí, está a punto de amanecer.

Así un día día y otro también. Enseñando. Tomando cariño a sus hermanos a quienes veían crecer como vampiros, para de niños inocentes que se quedaban prendados del color verde esmeralda de una brizna de hierba bañada de rocío que se secaba con el aire suave de terciopelo que al perfumaba con el olor de una rosa de “honey perfume”, ser vampiros tan sigilosos que hasta sus propiso congéneres tenían problemas para saber que se encontraban pegados a sus espaldas.

Estaban orgullosos de como eran. Ninguno hablaba del pasado, solo de localizar el manuscrito, de cuidar del cuerpo del Conde, su padre, y cazar.

Los problemas de los humanos no eran los suyos y no les echaban cuenta, aunque odiaban al cazador por exterminarlos cuando él no fue provocado. Ellos nada le hicieron; ni quitaron casa, ni comida, ni familia.

Él solía cazar grandes animales que pastaban en las montañas, que se llevaban ovejas para alimentar a sus crías y todos se alegraban por ello, pero nadie pensaba en los pequeños que dentro de una cueva tiritaban de frío, esperando a sus padres. ¿Y aquél era bueno?

Ellos, en cambio, se dedicaban a cazar. Bebían la sangre y la carne la dejaban para las crías. Cuando crecían, se hacían amigos. ¿Decían eso los humanos? ¿Lo hacían?

La llegada del cazador después de haber dado muerte a tantos hermanos de otros puntos del

país, se había convertido en el peor enemigo y por eso quisieron acabar con su vida, hiriendo, haciendo sufrir como ellos habían sufrido, aunque no tuvieron suerte. Por desgracia, el cazador era más hábil de lo que ellos llegaron a pensar. Dos no eran suficientes para acabar con él, eran necesarios muchos más.

Quizás cuatro o cinco.

Pero por desgracia, en ese momento se encontraban enseñando a nuevos miembros de la familia y no podían salir a enfrentarse con él, debían esperar a que los nuevos miembros estuviesen listos por si a ellos les pasaba alguna cosa. Era necesario un poco de paciencia y de preparación.

Una trampa podía ser de gran utilidad, pero como era muy fácil, lo mejor era que la trampa fuese puesta en diversos puntos del bosque. Un par de ellas a casi ojo avisor para que se confiara y luego sorprenderle y atacar sin esperar nada ni dar tiempo.

Si alguno caía era casi irremediable, pero si los otros aún podían con él, la muerte sería compensada.

Además, podía tener nuevos hermanos y había que recordar un detalle, sobrevivir se podía (a excepción del padre) mientras no les cortasen la cabeza, bien valía la pena el intento.

Pero eso después. En ese momento, lo que les importaba dentro de sus ataúdes, era que habían perdido a tres hermanos muy queridos. Ellos los amaban, los respetaban, los adoraban. Eran hermosos por dentro y por fuera. Muy hermosos.

Uno de ellos poseía lindos ojos verdes. Otro, los tenía azules y el tercer negros. Los tres eran morenos y la chica, contaba con una cabellera larguísima, que nunca se recogía, pues la tenía rizada y cuando el viento le movía los bucles parecían las olas del mar en la noche.

Luego, cuando se convertían para cazar, sus cuerpos grises se ordenaban con unos ojos rojos, unos colmillos blancos al extremo y unas garras superiores a las de los lobos. Eran algo inimaginable para quienes no les habían conocido, y el dolor de perderles...

Y no era por su padre, ni por lo que decía el manual, era que cada uno era especial, único, extraordinario. Solo existía uno como ellos, nada más, solo uno.

La vida era así, solo eran uno y nada más. Cada cual era especial y era único.

Allí, en el ataúd, el sueño les fue venciendo lentamente, aunque no hizo eso con el que de guardia vigilaba el féretro. La estaca continuaba allí, en su pecho. Ganas no faltaban de abrir la caja y extraer la estaca, pero ¿y luego?

Para hacer las cosas mal no las hacían, preferían esperar y hacerlo como debían.

Estaban seguros de que su padre se lo recompensaría. El que allí yacía inmóvil, vivo, quizás escuchando, tal vez con deseo casi infernal de mover sus miembros y salir de allí de una vez, tenía mucha bondad.

Se decía que durante mucho tiempo, estuvo trabajando para dar la vida a sus hijos.

Al parecer, aquel vigía lo leyó en el manual; cuando una vampira daba a luz, nacía un bebé muerto, pero existía un modo de que ese bebé viviera, aunque claro, como vampiro para la eternidad. Sin embargo, no había llegado hasta ellos la fórmula ni donde yacían los bebés.

Él conocía ese secreto porque fue el último en transcribir el manual. Era un secreto que muy pocos conocían:

—Solo lo conocemos quienes nos vemos en la obligación de volver a escribir el manual, pero esa parte nunca se reescribe, es demasiado triste y ya nos duele mucho ver así a nuestro padre. ¿Te imaginas hermano a nuestras hermanas con sus instintos de madre? Hay que aliviar el dolor. Por desgracia, un gran poder conlleva una gran responsabilidad y eso es lo que tenemos

nosotros —dijo su maestro hacía ya muchos años—. Cuando vuelva a ser necesario reescribirla, recuerda más palabras, deberás decirlas a tu sucesor.

—Así lo haré, maestro.

Pero aunque estaba dispuesto, lo que quería era ver los ojos de su padre abiertos, ver que salía de allí, con aquel traje negro y rojo que lucía en su lecho, el anillo de la familia con el sello como joya en el dedo corazón de su mano izquierda y su cabellera negra lisa que le parecía llegar a la cintura. Era muy bello, con una nariz puntiaguda, un mentón saliente y un rostro sereno.

—Descanse padre, nosotros nos ocuparemos de todo y sobreviviremos. No pierda la esperanza, pronto estará con nosotros como antes, lo presiento padre.

Habló de manera amorosa con lágrimas en los ojos, mientras las campanas del pueblo situado a unas pocas millas, tocaban las doce de la mañana.

Capítulo 3

Adrian abrió los ojos. No reconocía el lugar donde se encontraba y los párpados le pasaban en exceso. La luz, procedente de un candil le parecía demasiado fuerte. Se limitó a cerrar los ojos y en silencio dejarse llevar por la bruma que cariñosa le arropaba. En ella no sentía dolor, malestar, miedo ni ningún otro sentimiento bueno o malo. Los recuerdos tampoco eran desagradables, únicamente confusos, sin demasiado interés. Les dejó estar allí, solo estar, él tenía otro sitio donde mirar, otro donde la pared era de piedra cuidadosamente colocada.

Sonrió despacio, sin mirar a ningún otro punto y allí quedó hasta que la bruma se disipó y entre el dolor y sus ojos que no querían abrirse, permaneció un largo rato.

Luego, con cierto agrado, pudo notar el regreso de la bruma y de la piedra.

Durante cierto tiempo, quedó en aquel círculo. Bruma sí, bruma no. Dolor sí, dolor no. Pared de piedra sí, pared de piedra no.

Más adelante, los momentos se distanciaron. Entre que sí y que no, hubo un intermedio, en el que la respuesta era; un poco. Sí, un poco de pared, un poco de bruma, un poco de dolor. No le gustaba, más nada podía hacer; ni quejarse, ni pedir, ni rogar. Lo hubiera hecho con mucho gusto, pero ni los ojos conseguía que se quedasen abiertos ni su boca emitía otro sonido que el de un quejido:

—Un hombre no se queja; se muerde la lengua y sigue adelante.

—Pero me duele padre, haga algo...

—Está bien, ahora duerme.

Escuchaba perfectamente la voz de su padre, veía su rostro y aunque le había dicho que un hombre se mordía la lengua y seguía adelante, Adrian podía ver como su padre buscaba algo y un la mirada veía cierta preocupación por él.

—Venga, esto te ayudará.

Se dejó hacer. Pudo sentir la aguja penetrar en su brazo y un líquido caliente quemar sus venas.

—¿Se salvará? —preguntó un voz femenina que pese a estar cerca no era visible para él.

—Sí, lo peor ya ha pasado, solo resta que descanse y dentro de nada se encontrará cazando vampiros como en vida hizo su padre.

Decenas de preguntas se amontonaron en su mente. Preguntas que desconocía de donde habían salido, pues no se percató de ningún cajón de curiosidades que estuviera abierto, solo aparecieron sin más y no las podía responder, pues todas eran preguntas, no había una sola respuesta.

Quiso moverse, coger una pregunta, leerla y jugar a adivinar la respuesta como hacía con su padre, pero una mano sujetó la suya y no pudo por menos que dejarse guiar en plena oscuridad.

Por fin, la luz fue entrando en el túnel donde se encontraba.

Al principio de manera dolorosa. Le quemaba la vista no podía ver, pero luego a medida que iba caminando, la luz aumentó y el foco, que parecía ser el sol, iba subiendo y el daño era menor.

También el frío, del cual no fue consciente hasta que las capas de la ropa comenzaron a caer

a su alrededor, quedó atrás junto a la oscuridad.

Por un instante, observó el negro túnel del cual estaba a punto de salir. Le extrañó haber estado allí dentro. Era oscuro, era como un muro, no existía nada, era feo, frío y parecía que le hacía daño, pues dentro todo lo dolía, pero fuera... casi fuera, no dolía tanto, olía a tierra mojada y el sol era agradable.

Una pieza más de ropa cayó a sus pies.

En ese instante, pudo ver una cosa que se movía en el fondo. No quería dejar el camino, era injusto, ingrato para con el sol que había ido a indicarle la salida. ¿Cómo volver atrás? No había ni una sola cosa que mereciera la pena, pues además, su padre se encontraba a su lado.

Siguió mirando con curiosidad sin dar un paso, solo miraba.

Por un instante, creyó que nada había, solo se trató de una ilusión, pero volvió a ver algo.

—¿Quién va? —preguntó intrigado.

Entonces, unos ojos rojos le saltaron encima. Eran tan rojos y brillantes que parecían piedras preciosas, mas se dio cuenta, al mirar un poco más, que aquellos ojos estaban muertos y el rostro era gris ceniza, con una boca sin color y unos colmillos blancos.

Lanzó un grito y se sacudió.

Al instante, el dolor regresó con todas sus fuerzas y unas manos le aplicaron un paño húmedo al tiempo que explicaban:

—Los vampiros le dejaron malherido. Le acogí en mi casa y le llevo cuidando desde entonces. Intente no moverse, tiene muchas heridas que empiezan a cicatrizar, deje que lo hagan, así no se abrirán los puntos. ¿Desea un poco de agua?

Adrian sonrió y asintió con la cabeza.

La joven que le cuidaba parecía sincera, era una agradable mujer a los ojos y le estaba muy agradecido por cuanto había hecho por él, aunque tenía tantas preguntas por hacer que dudaba que ella pudiera responder siquiera a la mitad.

Pero había una a la que sin duda podría. Bueno, eran dos, pero daba lo mismo, las podría responder. Solo esperaba que la respuesta a la primera le fuera grata.

—¿Qué ha sido de los hijos del panadero?

La joven tardó un poco en responder. Parecía que no fuera capaz de dar una respuesta, pero esperó, supuso que quizás resultaron heridos y ella desconocía como se encontraban por estar cuidando de él.

—Por favor, responda a mi pregunta sea cual sea la respuesta.

—Los campesinos creyeron que los vampiros les habían convertido en uno de ellos y mandaron que ardiesen en la hoguera. Desconozco los detalles, yo me encontraba aquí y aunque no hubiese sido así, lo cierto es que tampoco iba a intervenir. Cuando la turba actúa, si tú no estás de acuerdo con ella te callas o pagas las consecuencias. Sí escuché muchos gritos pidiendo clemencia para los muchachos, pero...

—Comprendo...

Fueron las únicas palabras que fue capaz de decir. El llanto silencioso de remordimiento y pesar por los jóvenes le podía. Su espíritu no estaba tan fuerte como para soportar en sus hombros algo como aquello. No solo falló al alma de aquel a quien cegó la vida y de su padre, también a sí mismo y no tenía disculpa ni perdón alguno.

Tampoco lo iba a buscar, pues no lo merecía.

O eso creía.

La joven se quedó a su lado. Las lágrimas también humedecieron su rostro compungido por el

dolor de tan inocentes víctimas.

—Intente calmarse, nada conseguirá poniéndose mal, lo hecho hecho está y lo pasado pasado es. Por esos muchachos hizo mucho más que todos aquí hubieran hecho. Estoy segura de que ellos no le tienen en mal estima.

Adrian hizo un esfuerzo por ello, pero no le era fácil. Los chiquillos pagaron por lo que nadie comprendió. Los vampiros asesinaban incluso manteniendo las distancias. El miedo se había apoderado de aquellas personas. ¿Habría aún más vampiros entre ellos? No quería saber la respuesta.

Cerró los ojos y se dejó caer en una bruma negra y esponjosa de la cual tampoco quería conocer detalles.

Necesitó varios días para recuperar las fuerzas y muchos más para que su cuerpo sanase. Urgía que lo hiciera, pero estaba claro que su cuerpo y su mente no iban al mismo ritmo. Al contrario, cada una iba a una velocidad diferente con un atajo difuso pero que, pese a tener cierto parecido, no era igual. El uno contaba con árboles tan altos y espesos que no parecía pudieran pasar los rayos del sol. El otro, en cambio, contaba con árboles frutales que si permitían el paso de la luz y el alimento, pues era evidente que la fruta iba a cubrir toda su superficie, las semillas comenzaban a dejarse ver. Eran pequeñas, casi insignificantes, pero estaban ahí.

Aprovechó, eso sí, el descanso obligatorio para encargarse a su ayudante, que en Roma trabajaba constantemente preparando las armas e investigando para facilitar su misión, más flechas. La carta, escrita desde la cama, fue llevada por un correo a caballo que necesitó varios días para llegar, al principio a caballo y a continuación por mar. Cuando hubo realizado la ida y venida, Adrian se encontraba bastante recuperado y con ganas de ponerse en marcha, pero además de esperar lo solicitado, debía esperarle a él.

—Le he dado la carta y él además de su bendición, me ha entregado para usted una carta. No la he abierto.

—Gracias.

Adrian tomó la carta. La abrió y leyó en silencio:

“Mi buen amigo:

Me alegra saber que el accidente no ha tenido mayores consecuencias. Quisiera estar ahí con usted, pero no me es posible aún, me encuentro ocupado en un texto que ha llegado hasta mis manos y del cual no es posible hablar en una carta, se ha de comentar en persona. Aun así, le pido que tenga paciencia. Muy pronto me uniré a usted, espere a un servidor en ese mismo lugar. Llegaré con sus flechas, una espada nueva y más cosas. También llevaré un pergamino. Pierda cuidado por mi seguridad, sepa que he tomado clases de esgrima, de arco y flecha, de ballesta, de puntería... Es cierto que Dios Nuestro Señor nos dice; no matarás. Pero es necesario dar muerte a algunos seres para que sus almas encuentren la paz. Cuidese mucho y repito, haga el favor de esperar mi llegada, no tardaré más de una semana a partir de esta carta, de lo contrario, me resultará muy difícil dar con usted en un lugar desconocido por completo para mí.

Se despide su atento servidor: Vincent”

Adrian sonrió. Prefería ponerse en marcha, pero era imposible.

Vincent llevaba razón en su carta: el mundo era demasiado grande. Y para alguien como él, el viaje de Roma hasta la aldea iba a ser una odisea.

—Pobre hombre. Yo estoy acostumbrado a viajar pero él no ha salido de aquel lugar desde niño... —Adrian se encontraba sentado en una silla junto a la ventana sin hierros, abierta. Daba

igual que las viviendas tuvieran o no barrotes, si a los vampiros los invitaban a entrar, lo rompían todo, su fuerza no era comparada con nada de este mundo, ya fue testigo de ello.

Con la carta en una mano y la otra cubriendo sus cansados ojos, era observado por el correo.

—Si usted lo desea, puedo ir a la playa a recibir a ese amigo y le traigo aquí, para mí no es molestia. Dígame que día llega y allí estaré —dijo con seguridad de pie frente a Adrian.

Adrian apartó la mano. La bajó hasta su barbilla y miró al exterior. El día anunciaba el otoño. Las hojas de los árboles se empezaban a dorar, muchas ya caían, pero casi no se daban cuenta, pues solo eran los primeros pasos de la estación. Ni el frío era intenso aún pese a que en esa latitud el viento y la nieve lo pasaban bastante bien jugando con los árboles, las montañas y las viviendas, que no parecían pudiesen resistir un invierno, la gran mayoría parecía se fuesen a derrumbar de un momento a otro.

Apartó la vista de ellas y observó a quien frente a él esperaba una respuesta.

—Llega dentro de una semana. Le hago responsable de mi amigo, pero sepa que si le sucediera cualquier cosa estando bajo su protección, no es a mí a quien ha de temer, es al propio Pontífice de Roma, ya que él, al igual que yo, trabaja bajo sus órdenes.

—Le protegeré con mi vida si es necesario.

—Espero que tal cosa no sea precisa.

Capítulo 4

La espera se detuvo en el Castillo de los vampiros. Esa noche una de las vampiras localizó una pequeña deformación en la pared mientras bajaba por ella de regreso encontrar alimento en un par de ciervos bien gordos, de cuya carne ya estaban haciendo buen despacho los lobos.

La deformación, al principio, le pasó desapercibida, pero no tardó en dar la vuelta y retirar la piedra. Con una sonrisa iluminando su rostro, bajó y buscó a su hermano mayor, bajo cuya custodia quedaban todos a la espera de que su padre pudiese ser despertado.

—¿Estás segura? —preguntó intentando controlar los nervios que le provocaron las palabras de la joven Sarah.

—Sí, se lo he dicho: yo bajaba y la piedra se movió. No le presté atención pero me dije que por retirar una piedra nada iba a pasar. La retiré y hay algo envuelto en una tela muy vieja. Tiene que ser el pergamino. ¿Qué otra cosa puede ser?

El vampiro la siguió hacia donde ella le llevó. La emoción era inmensa, pero tenía que tranquilizarse y pensar bien antes de dejar que los sentimientos le nublaran la razón.

Camaron por el pasillo hasta llegar a una sala con cuatro puertas, sobre la cual había una pequeña entrada. La vampira indicó que se encontraba arriba, de modo que él escaló el lugar con sumo cuidado para no pasar de largo. La luz de la luna entraba con facilidad por la oquedad, que resultaba ser la boca del pozo seco que en el exterior del Castillo había, más concretamente, en el patio.

El vampiro, Louis, no dudó en sacar el paquete y volver a bajar utilizando las alas, aunque al poner los pies en el suelo, volvió de nuevo a ser el vampiro vestido siempre como si del siglo XV se tratase.

Ninguno sabía por qué tenía aquella vestimenta tan extraña, parecía un Duque más que un campesino, aunque como muchos vestían de manera extraña, debido a las diferentes épocas en las que fueron convertidos, dejaron de mostrar interés por aquello tan insignificante y se ocuparon de cosas más importantes.

—Vayamos al salón y allí hablamos —dijo con voz solemne al retirar un poco la desvalijada tela y encontrar el sello de los Dracul en la esquina del texto.

Dieron la voz a reunión extraordinaria y todos dejaron sus quehaceres para presentarse y escuchar lo que su jefe tenía que decir:

—Nuestra hermana Sarah, aquí presente —habló señalando a la vampira—, ha encontrado esto en una de las paredes del pozo.

Colocó el paquete en una mesa redonda de madera y esperó a que todos le rodeasen. Los ojos se clavaron en el paquete, el ansia, la necesidad de saber que había, que guardaba aquella tela antaño blanca que ya se empezaba a romper y podía guardar el mayor secreto de todos.

Las manos se les iban en pos de aquello que poco a poco, con sumo cuidado, Louis fue descubriendo. La tela se separó del pergamino y este permaneció inmóvil, como pegado. Todos se impacientaban, temían que de un momento a otro, aquello con el sello de los Dracul se hiciera polvo delante de sus ojos y nada pudieran hacer.

Pero no, allí, en la sala, iluminada con candelabros en cada esquina, con la luna oculta como no queriendo saber nada y el aullido de los lobos demostrando que allí estaban, atentos a la ayuda que pudieran necesitar y preparados para celebrar con ellos lo que en aquel pergamino hubiera.

Louis hizo soltar el sello.

Desplegó el pergamino.

La alegría y la tristeza, el dolor y la emoción, la felicidad y la tragedia se dieron la mano de tal modo que mientras sus bocas esbozaban una sonrisa mostrando los colmillos blancos en contraste a los labios rojos, sus ojos dejaban escapar amargas lágrimas que a la luz de las velas daban la impresión de ser arcoiris grises.

El pergamino no estaba completo.

Un trozo faltaba y era el final.

El llanto desolado al fin superó a la alegría de encontrar aquel texto. ¿De qué servía si estaba incompleto? ¿Cómo iban a despertar a su padre? ¿Qué podían hacer? ¿Estaría en el pozo el trozo que faltaba?

Louis hizo un gesto con la cabeza y la mano diestra:

—Vamos a saber que pone. Si está para proteger a nuestro padre y al pueblo, roto, allí la otra parte es muy poco probable que se encuentre. Volver aquí.

Todos regresaron cabizbajos. Después de los años transcurridos, todos conocían la sabiduría de Louis que rara vez se equivocaba en sus conclusiones, decisiones y actos.

Comenzó a leer despacio, pronunciando las palabras con cautela y permitiendo que las palabras se grabasen a fuego lento en la memoria de sus hermanos y en la suya propia. Mientras menos tocasen el manuscrito mejor, era demasiado valioso, mucho más que sus vidas:

—El dragón durmiente puede despertar, si alguien estas palabras, es capaz de pronunciar: al anticristo reclamo, para que a su hijo ayude a vengar la crueldad, que con él se ha cometido. Estas palabras se han de pronunciar, tras la última campanada de las doce de la medianoche, del día 31 de octubre. Cuando el dragón durmiente los ojos logre abrir, la sangre de la estirpe que le acestó la puñalada mortal, se ha de derramar. La vida se verá regresar y Drácula reinará mil años más. Pero si la sangre se derrama y con la estirpe, el dragón no durmiente... —Louis observó a todos y con tristeza sentenció— Hasta aquí. No podemos despertar a nuestro padre sin tener el resto, desconocemos lo que sigue. Pero es una victoria y como tal debemos tomar esto. Buen hecho, Sarah, todos te lo agradecemos. Nuestro padre, te sabrá recompensar, ten eso por seguro. Salid a alimentaros. Mañana continuaremos con esto.

Se dispersaron. Cada uno se dirigió a su trabajo, a la espera de poder localizar el trozo que faltaba. Parecía una advertencia, algo a tener en cuenta.

Los que ya habían comido permanecieron en sus pensamientos colocados frente a las ventanas, dispuestos a lanzarse a la aventura, pero no podían sin el permiso de Louis. Además, habían pasado ya dos días del mes de octubre, imposible dar pasos de locos, esos eran propios de los humanos, no de ellos.

A lo largo de los años habían aprendido a ser muy meticulosos. Pasaban a veces entre los humanos sin que estos supiesen nada de ellos. Incluso en ocasiones, habían ido a la aldea y allí no los reconocieron. Los humanos eran raros, muy raros. Demasiado.

Pero Sarah no dejaba de pensar en aquel texto, era muy extraño. ¿Por qué dejar allí el manuscrito sin completar? ¿Por qué quitar la advertencia?

Sabían que el castillo fue ocupado por los Dracul después de una cruenta batalla, que Drácula vendió su alma a Satanás y que sus hijos, los vampiros, vivían porque él no había muerto,

pero cuando le dejaron en aquel estado, la familia que le hizo eso, se encontró con la furia de los vampiros. Sabían que un niño fue enviado al mar en pos de su salvación y por lo que podía ser, el cazador que les diezmaba era descendiente, pero ¿por qué una advertencia? El castillo siempre fue de los Dracul, entonces ¿la amenaza era por otra cosa?

Estaba muy contenta por haber localizado aquel trozo, pero... ¿y luego? La tristeza se apoderó de ella, no deseaba cometer ningún fallo, no quería que nadie la culpara de nada, ya se culpaba ella, las cosas no estaban saliendo bien. Eran doce y cuando ella llegó allí eran más de veinte. Los ataúdes vacíos eran muy tristes. Los nuevos hermanos no duraban, el cazador había quedado malherido pero las noticias que les llegaban eran que vivía y se recuperaba. Incluso alguien llegó con la información de que había pedido ayuda. El sí solo pudo con ellos, con alguien a su lado ¿a cuántos mataría?

Los humanos querían sobrevivir, pero ellos también, y ellos no mataban por matar, habían quemado vivos a los chiquillos y ningún vampiros les llegó a tocar. Los mataron ¿por qué?

—¡Reunión! ¡Reunión!

La voz se oyó en todos los rincones del Castillo. Las piedras llevaban el eco y los mismos vampiros gritaban se encontrasen en el rincón que fuera, para que nadie se quedase sin oír. Incluso el vigía del padre, quien solía permanecer su puesto y luego era informado, acudió en esa ocasión, siendo informado por el camino del texto hallado.

De inmediato, allí estaba una suculenta comida, preparada para poder ser saboreada en todo su esplendor: una humana. Estaba pálida, vestida tan solo con un camisón de algodón de manga larga. Llevaba un volante en los puños y otro en el escote. El camisón era largo, le llegaba a los tobillos y le quedaba ancho, no parecía fuera de ella, le ocultaba todas las curvas de las que una mujer podía estar orgullosa. Iba descalza y el cabello, antaño recogido en un moño alto, caía a cascada suelta sin control por todas su cabeza, consecuencia de la histeria que tenía. Chillaba como si fuera un cordero o un cerdo antes de morir degollado. Pataleaba, lloraba, se arañaba...

Si proseguía en esos actos ella misma se quitaría la vida y no podría ser útil a nadie, ni a ellos ni a sí misma.

Varios de los vampiros reían. Nunca habían visto a un mortal tirarse de los pelos, rasgarse las vestiduras o patalear como ella estaba haciendo. Los gritos y llantos no eran nuevos ni mucho menos, pero sí que chillara como lo hacía, pues ni los más atrevidos se lanzaban a por ella.

La rodearon, estaban hambrientos. Habían comida, pero la sangre humana poseía un sabor, una textura diferente a la de los animales, y mucho menos se podía comparar con la de las ratas. El cuervo era delicioso, pero no siempre se quedaba quieto y el zorro y los pájaros... Era necesario matar a muchos para estar llenos. Sin embargo, un humano...

Eso era diferente.

Pero aquella se estaba haciendo daño ella sola. Sus pies sangraban, sus manos sangraban, sus mejillas...

Louis abrió los brazos como para protegerla, y ella, inocente cayó en la trampa:

—¿Dónde me has traído? ¡Tengo miedo! —Logró decir con los ojos tan abiertos que daba la impresión se le iban a salir antes de que nadie la probara.

—Te he traído a tu funeral, preciosa —dijo Louis con una media sonrisa—. Disfruta, no todos lo viven.

—No quiero morir —susurró y comenzó a rezar mientras temblaban sus manos.

La muchacha rezaba, imploraba el perdón por cualquier falta cometida, lloraba cual alma en pena y se tapaba el rostro húmedo de lágrimas, mocos y sudor. Los vampiros se comenzaron a

acercar a la señal de Louis, quien con tres tirones estratégicos a la fina ropa de la joven, la desnudó, dejando la víctima expuesta, con el cabello negro suelto y sus atributos femeninos al descubierto.

Ella prosiguió con sus rezos y sus manos en el rostro imposibilitando la visión de once bocas abiertas con cuatro colmillos cada una y un par de ojos colocados en la venas que saltaban llevando la sangre por todo el cuerpo más rápido de lo normal.

—Para vosotros. Hoy hay festín, pero dejad que Sarah prueba primero. Al fin y al cabo, el manuscrito lo encontró ella.

Cuando terminó de rezar, antes de que pudiera comenzar de nuevo, Louis la lanzó al centro del círculo que a su alrededor se había congregado y Sarah se acercó. Le tomó a la joven la muñeca y mordió con ganas. Los demás saborearon a continuación del resto de las venas como clavos que cierran un ataúd, pero que se clavaban en la virginal carne blanca de aquella muchacha.

No gritó, no dejó escapar ningún quejido, solo dejó que sus ojos se fundieran en la niebla perpetua del Hades, donde el barquero, con su mano huesuda extendida y llevando en la otra el remo de la barca, le pidió las dos monedas para poder cruzarla al otro lado.

—No tengo monedas.

—Pues no cruzo a nadie sin pagar. Solo una persona gratis cada cien años y ya cruzé una gratis hace un mes.

Y el barquero dejó a la muchacha en la orilla. Era solo una cáscara vacía que fue echada a los lobos, los cuales dieron buena cuenta de ella, dejando a la llegada del alba apenas unos huesos y cabello, mientras en el Castillo todos dormían, a excepción del vigia que contaba lo que ocurrido a su padre.

Capítulo 5

En Roma, los preparativos no se hicieron esperar. El ayudante de Adrian hizo todo cuanto estuvo en sus manos para terminar y partir en pos de su buen amigo, quien convaleciente le esperaba.

El ayudante, recordaba para sí Adrian, era un rechoncho hombre no muy alto ni bajo, algo encorvado, que pese a lo que pudiera creer quien por primera vez le veía, era muy capaz de subir a un caballo, muy capaz de correr más que muchos más jóvenes y delgados y tenía una memoria prodigiosa no perdiendo ningún dato por lejano que fuese o poco conocido.

Su nombre era Vincent. Se conocieron el día de San Jorge, y si bien él no peleaba con un dragón, si lo hacía con un monstruo cuya naturaleza desconocía, aunque poseía dos cabezas, dos piernas, dos brazos y pese a su escasa inteligencia, era muy fuerte.

Vincent le había lanzado una ballesta y él no dejó de disparar flechas hasta que aquella cosa no cayó al agua de donde no volvió a salir. En Roma le dieron las gracias, lo felicitaron, pero le pidieron que la próxima dijera que había matado y llevara la prueba. Sin embargo, Vincent era una prueba más que suficiente y no hablaron más del asunto.

Desde aquel día, se hicieron amigos y trabajaron uno en pos del otro hombro con hombro en beneficio de la humanidad.

Vincent era un hombre tranquilo, acostumbrado a la vida del monasterio, donde en sus ratos libres, fuera de los rezos, se dedicaba a trabajar la plata. Realizaba crucifijos, rosarios, flechas, espadas... Trabajaba solo. Opinaba que un hombre que dedicaba su vida a Dios no podía hacer armas, aunque era lógico que alguien se dedicase a ello. Ese alguien era él, para que los demás pudieran seguir teniendo el alma pura y tranquila. La suya pasaría la eternidad en el infierno, allí se estaba mejor solo, pese a que sospechaba habría muchos que le harían la vida imposible a Adrian; alguien como él no encontraba la paz ni el vida ni en la muerte.

Pero Adrian no pensaba en ello. Él se dedicaba a recorrer la aldea a pasear despacio entre sus callejuelas y a descansar en las escaleras de piedra o en la boca del pozo que en el centro del lugar se alzaba.

Por suerte, de día el sol aunque muy tímido, salía desde al mañana a la noche, y los vampiros no regresaron. Ya en la noche sí les oía volar por el pueblo, pero en cuanto el sol desaparecía detrás de las enormes montañas que rodeaban por tres lados al pueblo, los habitantes se iban a sus casas, se cerraban puertas y ventanas y el fuego de la chimenea y las velas despertaban al compás de la luna.

Adrian muy pocas veces estaba despierto en la caída de la tarde, solía permanecer en la cama con los documentos que afanosa le llevaba Alina, la joven que le cuidaba y a la cual, sabía, le debía la vida.

La mayoría de los días transcurrieron sin complicaciones ni sobresaltos, únicamente el recuerdo hacía la vida compleja y algo alarmante. Marchar del lugar no les daba ninguna garantía de supervivencia, por lo que permanecían allí, en sus casas, al amparo de un Castillo sobre una colina cuyo cuarto lado en un precipicio de cientos de metros, que acababa en un caudaloso río

cuya desembocadura se hallaba en el mar.

—Dime una cosa, Alina. ¿Ese río llega al pueblo?

—Claro que sí. El pozo tiene agua de allí. Luego va al mar.

—Pero el río está lejos.

—No demasiado, para llegar a el lo mejor es bajar, aunque el camino más corto es el bosque de los lobos que nos rodean.

—¿Y por qué no atacan?

—Porque obedecen a los vampiros.

—Cuéntame otra vez la historia de los Dracul.

—Los Dracul eran unos sanguinarios asesinos que mantenían el país a salvo de otros conquistadores, pero despreciaban a las gentes del pueblo. Si estos no cumplían lo que ellos les pedían, solían torturarlos hasta la muerte y nadie se atrevía a decir nada. Solo una familia lo consiguió... ¡Adrian!

Como otras tantas veces, en cuanto la temperatura bajaba, el dolor de las heridas que cruzaban su cuerpo se le hacía insoportable. La joven se apremiaba a darle algo para aliviarle, y una vez se le pasaba, dormía hasta el día siguiente.

Por suerte, cada día se sentía más fuerte, cada día Vincent estaba más cerca y cada día, los vampiros se ponían más nerviosos. El día se acercaba el pedazo que faltaba no era localizado y la idea de despertar a Drácula al año siguiente no le hacía la menor gracia a ninguno de ellos, habían esperado mucho y con el cazador allí, era poco probable que resistieran mucho. A parte de ese Castillo no tenían otro donde permanecer, pues su padre yacía allí.

—Los vampiros tienen las manos atadas al igual que nosotros. Ojalá hubiera una salida...

—La hay, soy yo —dijo Adrian despertando—. Me recuperaré y te prometo, voy a acabar con ellos.

—En tu estado...

—¿Cuánto ha pasado? ¿Diez días? Dame unos días más, te prometo que no fallaré a nadie más, ya le he fallado a demasiadas personas.

Alina sonrió. Era verdad que se recuperaba muy bien, que no daba muestra de empeoramiento y aprovechaba el tiempo para aprender sobre todo aquello, llenando las lagunas que poseían las historias que su padre le contaba, pues él desconocía porque vagaban sin un rumbo fijo, solo sabía que mataban vampiros.

—¿Por qué te dedicas a esto? —preguntó un día Alina.

—Porque mi padre ya se dedicaba cuando yo nací. Veía muy poco a mi padre en mi infancia. Como mucho tres o cuatro veces al año. Yo sabía a lo que se dedicaba y nunca le temí a los vampiros. Mi padre los mataba, ¿cómo iba a tener miedo? Sin embargo, un día, teniendo yo quince años, un vampiro llegó a nuestra casa. No sé como supo donde vivíamos, pero de inmediato dijo: la esposa y el hijo del cazador. Ahora sabrá lo que se siente cuando te lo arrebatan todo.

Adrian hizo una pausa, en la cual dejó escapar un profundo suspiro y bebía un poco de agua del vaso que él mismo tomó de la mesa de noche, situada al lado de la cabecera del camastro donde se encontraba recostado, mientras fuera, el sol comenzaba a despedirse del pueblo para buscar el merecido descanso de haber estado todo el día alto y luciendo como si el otoño aún no hubiera terminado de hacer acto de presencia.

Luego, continuó hablando:

—Intenté defender a mi madre, pero no fui lo suficientemente fuerte y el vampiro acabó con su vida delante de mí. Luego vino a por mí, pero llegó mi padre y me rescató. Yo me juré que mi

padre nunca más me salvaría. Me fui con él, aprendí todo lo que él sabía y conseguí mi propósito. Hace varios años, en concreto quince, mi padre murió a consecuencia de las heridas por uno de esos monstruos. Yo sigo sus pasos. No quiero morir, pero no me detendré hasta que el último lo haya hecho.

—Comprendo —dijo Alina—. Pero ¿y ese amigo? ¿No puede él hacer lo que tú haces?

—Cuando lo veas comprenderás que de ninguna manera. Yo solo he conocido esta vida, y desde luego él conoce otras, quizás demasiadas vidas, pero no es lo mejor. Por ello sabe que nuestra alma, aunque queramos que descansa en el paraíso, sabemos que no va a ser así, el infierno es lo que nos espera.

—¿Por qué?

—Porque matamos. Pecamos. Él es mi cómplice.

—¿Matar? Los vampiros son personas que ya no viven, pero vagan causando la muerte. Les dais paz a esas personas.

—Gracias por verlo así —dijo tumbándose en la cama con cuidado, llamado por el cansancio—. Estoy tan cansado...

Alina le dejó dormir. Casi de inmediato, los ojos de Adrian se cerraron, su respiración se acompasó y ella le arropó con una manta quedando a su lado, mientras la noche caía, los árboles dejaban de verse con claridad para quedar convertidos en figuras oscuras en un fondo salpicado de estrellas con la luna como guía. Las viviendas daban la impresión de haber salido de una pesadilla, pero aun así, ella sonrió, pues las luces de las velas se dejaban ver por las rendijas de las ventanas cerradas y las puertas.

También se veían un par de tejados que permitían el paso de la luz, dejando claro que estaban muy deteriorados y que en pocos días se iría abajo si los dejaban estar, pero nadie tenía ninguna intención de arreglar nada, no era factible la supervivencia, sobre todo porque con la llegada del invierno, los vampiros cazaban más humanos, veían menos animales en el bosque, el sol podía estar semanas sin asomar un rayo y las nubes y la lluvia les incitaban a matar.

—Pero deberían arreglar el tejado, tenemos al cazador con nosotros. Él nos ayudará en cuanto se recupere un poco más.

Las palabras de Alina no llegaron a los oídos de Adrian, quien con tranquilidad, reposaba sin mostrar la menor desazón. No parecía tuviera el menor mal sueño, al contrario, buscó el calor de la manta para con una leve sonrisa casi infantil, seguir descansando. Estaba tranquilo y ella se preguntó si tenía que ver con ese amigo, si aquel había sido la causa y como sería.

Desconocía que, en ese momento, un barco se dirigía hacia allí. Un barco con una sola persona por pasajero y cuatro caballos que cargados iban a llevar muchas cosas importantes, aunque no tanto como el trozo de pergamino que Vincent llevaba bajo sus ropas junto a su corazón: llevaba, suponía, la salvación del mundo, la única oportunidad de que los vampiros dejaran de vagar por la tierra sin alma ni corazón.

Desconocía, eso sí, como llegaría a la remota aldea que rodeada de lobos a la orden de los no vivos tenían a las pobres gentes allí, con la única posibilidad de escapar cuando el sol asomara, pero ¿para qué huir? Los vampiros reinaban, ellos solo eran su comida.

Menos Vincent. Sus manos estaban llenas de anillos con una cruz en el centro. Llevaba un rosario al cuello y en la espalda una gran cruz plateada. Su ropa estaba preparada para los dientes y garras. Era ágil, rápido y pese a su embargadura, muy buen jinete. Por ello, él solo llevaba cinco caballos.. cuatro iban cargado de munición, armas y alguna novedad que había descubierto.

No tenía miedo, únicamente esperaba encontrar a Adrian lo suficiente recuperado como para

atacar, aunque suponía que tal vez no, dependía de las heridas. De todos modos, estaba confiado en que ese mismo año podrían acabar con Drácula, aunque era necesario localizar el otro trozo. Había que acabar con Drácula para acabar con todos los vampiros, por ahí iban bien mas ¿cómo?

Dejó escapar un suspiro mientras la noche caía. En el barco se encendía las velas como si de un banquete se tratara y muchos de la tripulación se colocaban en sus puestos armados con rifles, bayetas, arcos, espadas...

Vincent sonrió con resignación; no iban a defender a nadie así. Y él prefería guardar sus energías. De nada le iba a servir a Adrian si llegaba cansado y exhausto. El descanso, a la larga, era más beneficioso que el trabajo continuo.

Se retiró de la proa y se dirigió pausado a su camarote.

—¡Padre! Antes de retirarse, ¿puede darnos su bendición? Por favor.

Con una sonrisa, bendijo a todos los miembros de la tripulación, incluido un chiquillo de no más de veinte años, a quien todos llamaban Sape y que replicó:

—Si puede ayudarnos, ¿por qué se va a dormir? Que nos deje coger lo que lleva para que nos podamos valer esta amarga noche...

—Calla, Sape —respondió el capitán—. Esas cosas son para usarlas contra el padre de los vampiros. Muerto él, todos los vampiros morirán y sus almas descansarán al fin. Necesita todo la fuerza y la munición posible.

—Comprendo. Lo lamento Padre, tenga la bondad de perdonarme, soy un poco tonto.

—Hijo, nada he de perdonar a quien ama su vida e intenta mantenerla. ¿Por qué estás aquí?

—Porque soy tonto y mis padres no sabían qué hacer conmigo. Me metieron aquí cuando tenía catorce años y aquí sigo.

—Tu sinceridad es tan clara como la luz de la luna que nos observa. Vente conmigo, tengo algo que contarte y puede que me seas útil. Mañana, tú mismo le cuentas a tus compañeros todo lo que yo voy a contarte a ti esta noche, de modo que pon orejas.

Capítulo 6

En el camarote, Vincent entregó un diario sin usar al muchacho, sabía que el muchacho escribía y leía de corrido, por ello le pidió que no dejara pasar ningún acontecimiento importante.

—¿Entonces lo escribo todo? —preguntó el muchacho sin quitar la vista del cuaderno cuya cubierta marrón le era extraña.

—Sí, todo. Así las historias de los acontecimientos que suceden en el mar, pueden ser conocidos. De lo contrario, nunca sabrá nadie lo que sucede en este lugar.

—Por eso tiene el capitán su diario a bordo.

—Pero tú, no vas a escribir eso. El capitán habla de todo en general y tú, hablarás de tu experiencia, de tus sentimientos, de tus miedos, de lo que veas y de lo que oyes. Quiero que seas algo así como un periodista dentro del barco.

—Está bien, aunque no sé si lo haré bien. Y me da vergüenza.

—Con el tiempo irás mejorando, y ten en cuenta, que si alguien después de ti ha de leer lo que en ese Diario escribas, ese será yo y yo no soy quién paga juzgar. Escribas lo que escribas no te juzgaré. Pero si ocultas algo, es posible que sea importante para comprender otro dato que sí escribas. Y no olvides, que si ocultas algo, no me lo ocultas a mí, te lo ocultas a ti mismo. Tus padres te abandonaron. Quizás eso lo quieres evitar, olvidar, apartar. Pues no. Si ellos no te hubieran abandonado, aquí no estarías y no serías mis ojos y mis oídos en este barco. Necesito saber si los vampiros van al continente o vienen de él. Necesito saber si oyes o ves algo que, de algún modo, de a suponer que han llegado más lejos.

El muchacho lo comprendió. Sonrió.

—Empieza. Mientras yo leo y rezo a Dios Nuestro Señor, tú escribe todo lo que recuerdes de hoy. Si es en orden mejor, pero no te pido tanto. Como a ti se te venga. Usa la mesa y mi plumero y tintero, no escatimes en nada.

—De acuerdo.

El muchacho comenzó a escribir. Al principio se detenía mucho, pues intentaba recordar cuantos detalles podía, así como intentaba escribir en estricto orden, aunque la poca práctica, el nerviosismo y el querer ser fiel para agradecer el gesto de aquel sacerdote que ponía en sus manos empresa tan importante, le jugaron más de una pasada que supo sobrellevar más o menos bien.

Vincent, en cambio, tal y como había dicho, leía la Santa Biblia en voz alta con la intención de que si el muchacho oía algo, fuera su voz y no los gritos de la tripulación que luchaba contra algo que se ocultaba en la niebla recién aparecida nadie sabía de dónde. Solo había puntos rojos. Vincent no temía, pues nadie había invitado a los vampiros a subir y nadie lo haría. Mientras no lo hicieran, solo podrían asustarlos, amenazar y poco más. Herir, morder, asesinar... Imposible.

Siguió leyendo en alto. Se cansaba, pero también el muchacho y proseguía con su labor, no se dejaba vencer por el cansancio ni por el sueño, solo proseguía y ni levantaba la vista. Le daba ánimos a Vincent y él confiaba en que saldrían vivos y a salvo de aquella noche.

Una noche que pasó despacio, como si las horas no quisieran transcurrir o alguien hubiera parado el tiempo.

Pero el muchacho lo hizo bien, comentó a Vincent que le había hecho mucho bien:

—Pues me siento mejor, gracias por la idea —dijo sonriente con dos grandes ojeras que asomaban bajo sus ojos grises.

—No ha de que. Es un placer enorme poder ayudarte. Y tú también me ayudas a mí. ¿Puedo confesarte algo? Aunque necesitaré que me prometas algo.

—Lo que sea, Padre —dijo el chiquillo cerrando el diario con un pequeño nudo en la portada para impedir que se abriera, mientras Vincent se limitaba a dejar el marcapáginas de tela por el comienzo del Levítico.

—Al igual que yo me veo obligado por mi elección a mantener el secreto de confesión, deseo que tú guardes un pequeño secreto mío que nadie conoce. —El muchacho se mantuvo fijo en la mirada del sacerdote y asintió con la cabeza. Entonces, Vincent continuó hablando—. Le tengo miedo a la oscuridad. Siempre le he temido a la oscuridad, aunque nadie lo sabe.

—Pues continuarán sin saberlo. Le prometo, Padre, que como me llama Sebastian Adrian Pablo Enrique, nadie sabrá ni por mi boca ni por mi mano que tiene miedo a eso.

—Ahora sé porque te dicen Sape... Prefiero llamarte “muchacho” si te parece bien.

—Sí, por favor. Yo no soy un gato, pero como les debo tanto les permito que me lo digan. Aunque más de una vez... “Muchacho” es mucho mejor.

Y así llegó el alba. Los primeros rayos de sol apenas perceptibles fueron gloria para los tripulantes del barco quienes gritaron y lloraron de júbilo por haber resistido con lo que tan maliciosamente les quería acabar.

—Amanece...

Vincent y el muchacho salieron del camarote. Toda la tripulación sonreía celebrando con gran entusiasmo que los monstruos se alejaran con los estómagos vacíos y sin conseguir siquiera que el barco se desviara de su rumbo, pues al ir el capitán a comprobar el rumbo, observó con agrado que no se habían desviado ni un segundo, seguían rectos por su camino como si alguien les llevara cogidos de la mano, o les hubieran abierto un pasaje en medio del mar.

—Continuemos, en breve llegaremos —dijo el capitán—. Sape, ¿has ayudado al Padre?

—Sí, lo ha hecho capitán, y mucho mejor de lo que yo esperaba.

—Me alegro. Llegaremos esta misma tarde.

—Muy bien, capitán. Le estoy agradecido por su ayuda y confío en que no padezcan otra noche como la que han logrado superar.

—Yo también lo espero, Padre. Dudo mucho ser capaz de soportar muchas más como esta.

Vincent sonrió. El muchacho iba a servir de más ayuda de la que él creía, pero se negaba a decirle la verdad, al fin y al cabo, era arriesgar algo sin necesidad alguna, pues después de todo, la vida en ese barco ya no iba a ser la misma; un capitán agotado, un oficial herido en el cuello sin sangrar...

Se alegró de poder marchar de allí, aunque una parte de sí mismo le decía que no era justo que alguien tuviera que pagar, aunque otra le decía que si la herida se la provocó un vampiro, las consecuencias para la humanidad podían ser imparables.

Mas al irse de allí ya caída la tarde con la noche llegando, no dejó al chiquillo solo. Se quitó el crucifijo que en su cuello siempre llevaba y se lo colocó al muchacho.

—Por nada del mundo te lo quites, ni de día ni de noche. ¿De acuerdo? Los vampiros no se acercarán.

El muchacho asintió en silencio y le prometió hacerle llegar el Diario al Vaticano cuando estuviera terminado.

Vincent desembarcó. Cargó los caballos, los ató unos a otros y subiendo al que iba en cabeza, galopó en dirección a la primera ciudad. Si bien se tuvo que detener al cabo de unos pocos metros, cuando el correo le interceptó.

—Padre Vincent, buenas noches y bienvenido a Rumanía. Confío en que halla tenido un buen viaje. Vengo a llevarle con Adrian, mas como se nos ha hecho tarde, tenga la bondad de acompañarme y le llevaré a un lugar donde podrá descansar esta a salvo. Mañana partiremos.

—Muy bien, vamos.

La noche ciertamente caía ya. Parecía tener mucha prisa por caer sobre el mundo, quizás llevada por el deseo de que los vampiros se pudieran alimentar, pensó Vincent en silencio. Era un tema muy complicado y triste para hablarlo sin miramientos. Además, en medio del puerto poco podían hacer para defenderse.

Torcieron a la derecha y llegaron a un pequeño Hotel muy iluminado, donde cada una de las ventanas que daban al exterior dejaba ver la intensa luz de las velas. Había también un penetrante olor muy fuerte a ajo y varias coronas y guirnalda de la flor de esa planta se encontraban en la puerta. Una mujer, muy anciana, las ofrecía gratis.

Cuando se acercaron, ella les ofreció una guirnalda a cada uno e indicó donde podían dejar los caballos. Obedecieron sin decir una palabra y entraron.

El hombre que le recibió les dejó las llaves y les informó de que las velas estaban nuevas.

—Disponen de velas sin usar en el primer cajón de la mesa de noche y también disponen de flores y ajos en toda la habitación. Cada día las recibo de una persona a quien salvé la vida. Pueden estar tranquilos, si ustedes ven que alguien pretende entrar no le inviten y nada podrán hacer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, muy amable.

—Padre, si tuviera que reunir a todos mis huéspedes en una sola habitación y supiera que están en ella a salvo, le aseguro que lo haría. No pierda cuidado y descanse. Ojalá algún día podamos encontrar la paz que tanta falta nos hace.

—Para eso estoy aquí, para ayudar a que eso sea posible. No pierda la esperanza.

Subieron a la habitación. Ambos compartirían la misma, aunque uno en la cama y el otro en el suelo. Mientras el correo se preparaba para dormir, Vincent se limitó a frotar ajo por las ventanas, la puerta y alrededor de donde dormiría. También le dejó al correo media hostia consagrada en un sobre para que la llevara en su pecho, al igual que la guirnalda de flores mientras que el correo se preguntaba como iba a dormir con aquel hedor, pero el Padre, en cuanto se tumbó en el suelo sobre la manta, con el brazo como almohada, se durmió.

—Debe estar acostumbrado, no sé como es capaz de dormir en ese estado... —susurró atónico, incapaz de cerrar los ojos. Sabía que estaba a salvo, pero era incapaz de dormir.

Sin embargo, el sueño le venció.

No se despertó hasta que alguien llamó a la puerta con suavidad aunque de una manera extraña. Abrió y allí encontró a la muchacha junto a un palo en el que se apoyaba, más dulce de todas las que había visto. Era una joven delgada, con seductoras curvas, cabello de seda y vestida con una bata de seda que dejaba al descubierto todos sus atributos femeninos. Sus ojos rojos, al igual que sus labios, destacaban sobre la palidez de su rostro.

—No puedo con el olor a ajo, me produce náuseas y tampoco con las cruces o cosas sagradas, son blasfemia —dijo con una voz tan sensual como su rostro y su cuerpo.

El correo apartó las flores fascinado por aquella muchacha. No pensaba ni en el Padre que dormía en el suelo al otro lado de la cama. Su juicio estaba bloqueado, era incapaz de controlar

sus impulsos, incapaz de todo lo que no dijera ella.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Ven aquí que te bese —dijo ella susurrante.

Él se acercó. Ella le abrazó y sin que él se diera cuenta, incrustó sus colmillos en el cuello del correo. Éste quiso gritar, pero la voz no salió de su garganta, se limitó a mirarla con terror.

—No temas, calma mi amor. Toma, bebe.

La joven se hizo un corte y acercó la herida sangrante a los labios del infeliz que bebió hasta que ella apartó su mano. Luego, los dos se fundieron en un beso sin emitir el menor sonido.

En la cama, los dos cuerpos se fundieron en uno, con la luna como testigo de que el Padre continuó dormido, sin que nadie le consiguiera despertar. Hubo un par de gritos de terror muy cerca de donde se encontraban, pero no fueron lo suficiente fuertes como para que aquel despertara, víctima del cansancio y de un brebaje misterioso al que en ese momento se estaban invitando a otros dos viajeros, aunque el más joven hizo como que bebía y con mucho disimulo lo dejó caer debajo de la mesa mostrando a continuación la copa vacía.

Al contrario de lo que los otros querían, el joven permaneció en una habitación a solas, escribiendo en el Diario que el sacerdote le entregó y sin prestar la menor atención a los ruidos o golpes que se oían, pues con bolas de cera se había hecho unos tapones y solo lo que él pensaba hacía ruido en su cabeza, comenzó a escribir con todo lujo de detalles lo acontecido.

Pese a ello, esperaba poder localizar al Padre para informarle en persona del triste final de la tripulación del barco.

Capítulo 7

La luz del día llevó al Hotel la desesperación. Los primeros rayos de sol despertaron a Vincent, quien en su despertar, pudo notar que algo sucedió.

Las flores de ajo, el propio fruto, el sobre con la mitad de la hostia... Todo estaba a su alrededor de cualquier manera, y el correo en la cama, con el torso desnudo y blanco. Sin pulso, sin latidos, sin respiración. Los huesos del rostro se marcaban sobremanera.

Rezo por el alma del difunto y salió de la habitación. En medio de aquello solo se oía a muerte mezclado con el aroma de la hierba aromática que hizo efecto tan solo en parte, pues nada vivo se veía, por aquellos pasillos oscuros solo existían puertas cerradas que él no se atrevía a abrir.

Bajó con el alma en vilo. Cada vez que colocaba, aún con suma preocupación el pie en el peldaño de la escalera, este crujía y la sensación de que alguien le cogería el pie para tirar de él y alimentarse, le abrasaba por dentro. Por suerte, encontró la puerta de la entrada abierta. Por un momento se sintió a salvo, pues un rayo de sol entraba permitiendo que encontrara la salvación.

Sabía que no estaba solo, sentía decenas de ojos observando el menor de sus movimientos, por ello no se daba la vuelta. Donde se encontraba no le podían alcanzar, el sol le abrazaba y el rayo llegaba hasta su espalda.

Pero entonces, una voz muy conocida le habló:

—Padre, si un vampiro me muerde, ¿soy también un vampiro?

—No. No lo serás hasta que no mueras.

—Yo no bebí de su sangre.

—Puedes salir. No diría tal cosa si supiera que vas a morir.

—Gracias Padre, confío en usted.

El muchacho, despacio, salió de entre las sombras. Se dirigió despacio hacia el Padre, quien, entonces sí, se dio la vuelta para ofrecer su mano.

—Tranquilo, aún existe salvación para ti. No temas nada. Me encargaré de que vivas.

—¿Cómo?

—Si los vampiros no se vuelven a alimentar de ti y tu mantienes la vida contigo, cuando todo acabe te curarás.

—Padre —dijo el muchacho tomando la mano que le era ofrecida—, he venido a traer el Diario. En el barco pasó algo terrible, algo que no quiero recordar, pero tengo aquí y aquí —se señaló con la mano la cabeza y el pecho— grabado a fuego.

—Salgamos de aquí.

—No padre, es necesario acabar con los vampiros.

—Lo haremos desde fuera. Ven.

Salieron del lugar. El muchacho, a la luz del día parecía más un muerto viviente que aquel vigoroso chico que en el barco exigía armas y más manos para defenderse de la amarga noche de acoso de los monstruos, aunque pese al miedo, seguía al Padre dispuesto a acabar con quien hiciera falta antes de yacer él bajo tierra.

—El sol sale pero aún no está lo suficiente alto, esperemos —dijo Vincent sentado en una piedra que sí que arrojaba el sol—. Siéntate.

El muchacho se sentó y entregó el Diario que sacó de su camisa. El Padre aprovechó para leer, a la espera de que el sol se colocara en la posición exacta.

—Los vampiros tienen algo que ellos cumplen al pie de la letra. En realidad son dos cosas; la adoración a su padre y el nunca acabar con un semejante. Pero tú no eres un vampiro, y si jugamos bien las cartas en nuestro poder, no lo serás nunca. De modo que ten paciencia, no te dejes llevar por nada que no sean tus propios principios.

El muchacho así lo confirmó y Vincent comenzó a leer el relato de la trágica noche en la que milagrosamente, sobrevivió sin saber aún cómo, aunque intentó no pensar en eso, aquel muchacho aún podía ser salvado.

“Noche de miedo.

Miedo donde lo haya. Donde me encuentre el miedo y el dolor residen a partes iguales. Pero yo no sé nadar, no puedo lanzarme al mar, de lo contrario ¿quién contaría lo que sucede y cuántos son?

El primero creo que fue un oficial. No sé qué pasó, pero tenía una herida en la muñeca, como si le hubiera mordido un perro o un rata. Luego, otra en el cuello. Me alegré de que el Padre se fuera, pues no sabía si las heridas fueron provocadas por un vampiro o por una rata.

Este barco, ahora maldito, es un nido de ratas. Por ello no quise alarmar a nadie. ¡Idiota de mí! ¿Cuántos van a morir por mi culpa? Merezco que me quemén en la hoguera y me lancen al olvido más profundo. Y eso que se supone debo ser fuerte. Desde luego... En fin, al menos cuento las cosas, ya ajustaremos cuentas el creador y yo. Pero no sé bien que hacer, la verdad es que lo único que tengo claro es que mañana, seguro que estoy muerto. Si sobrevivo, buscaré al Padre y el entregaré esto, que él haga conmigo lo que crea oportuno.

Como he dicho, el oficial me parece que ha sido el primero y luego los demás. Él habló con una vampira. A mí me pareció el ser más horrendo del mundo, no sé que le pudo ver él para gritar; ¡Venid aquí! Insensato, mientras no les invitaran no podían subir, aunque ahora que lo pienso, podía haber invitado a una, darle muerte e invitar a otra. Hubiera sido posible.

Pero la gracia fue que ella resultó la primera y luego las demás. En el mar intentaron algunos encontrar la salvación, pero sin éxito alguno, pues los vampiros les sacaron, se alimentaron y los lanzaron al mar que se encargó de darle reposo. Así uno tras otro.

Al final no quedó nadie más que el capitán moribundo. Él mismo se ha matado por los golpes que se ha dado intentando por todos los medios que los vampiros no le atacasen. Ha sido inútil. Yace medio muerto, ensangrentado amarrado al timón del barco.

Por si esto no fuera bastante, el cielo que empieza a clarear, amenaza ahora con lluvia, y espero, que se quede en eso, aunque he visto muchas veces esas nubes y traen algo más que agua. Puede que me haya salvado, mas aquí en el camarote que ocupó el Padre Vincent, no tengo más que soledad. El barco está lleno de cadáveres, no tengo idea de como se maneja el timón de un barco y no sé nadar.

¿Más problemas? Seguro que algo caerá más, pero está claro que el Diario tiene que llegar a las manos del Padre, pues él lo necesitará. Yo he visto que han muerto tres tripulantes sin remedio y el capitán, si aún vive, será por poco tiempo. Pero luego existen cinco más de los que no tengo idea qué ha sido de ellos, pues los vampiros se los llevaron con vida.

Oigo algo. Creo que es el sonido de la tormenta. Sí, es la tormenta. Debería de saber en que dirección va el barco, pues no siempre la tormenta gira en los deseos de los marineros, el

contrario, los marineros tememos mucho a la tormenta porque no hay fuerza humana capaz de controlar el barco que parece un juguete en las manos de un niño en vez de algo de 35 metros de eslora.

Las nubes empiezan a descargar el agua. Llueve con mucha fuerza, se oyen los truenos y también entra la penetrante luz del relámpago. En parte lo agradezco pese al miedo, y también deseo que se marche, pues estoy asustado. ¿Cómo hago para llegar a tierra con este temporal? ¿Cómo sobreviviré solo en alta mar? Sí, claro, pesco. Ojalá pudiera pescar y saber dar muerte a esos monstruos que han atacado. A mí no me han tocado, la hostia la tengo entre mi ropa y el crucifijo también, soy como una especie de barrera para ellos.

No puedo dejar de oír aún con la tormenta, los gritos de los tripulantes y de los vampiros. Sus chillidos penetran hasta el alma y te rompen por dentro. El horrible, prefieres morir antes que seguir oyendo algo así, pero es que no paran. Bueno, sí, cuando consiguen lo que quieren, porque en cuanto se llevaron a unos y bebieron de otros, todo se mantuvo en silencio.

Ahora que recuerdo, voy a usar el truco del Padre y con la cera crear tapones para los oídos. Seguro que si dejo de escuchar estos truenos que desgarran la tierra y parten el cielo, si dejo de oír el barco que cruje, los cristales que se rompen y la madera que se quiebra podré pensar con claridad.

Ya he vuelto, ya los tengo y a excepción de mis pensamientos, no oigo nada. Pero si noto el vaivén del barco. Es increíble lo mucho que se agudizan los sentidos cuando te falta uno... El hedor a muerte me da náuseas, me entran... Me marea, pero no puedo quitarlo, no quiero tampoco. Los muertos ya se los llevará el mar si los quiere, yo no les toco.

Cuando el barco no se mueva tanto, me acercaré al capitán, le desataré y lo echaré por la borda. Luego, me pondré yo al timón y que sea lo que Dios quiera, intentaré llegar a puerto como sea.

Aún tengo una posibilidad.”

—Deduzco por tu presencia aquí, que el barco llegó a puerto —dijo Vincent fijando su mirada en la del muchacho—. Ahora sabemos que hay, al menos, cinco más y no sabemos cuántos hay dentro...

—Lo siento...

—Tú no tienes la culpa.

—Solo yo llegué. El barco se hundía, de modo que corté uno de los mástiles y como flotaba, lo usé para llegar.

—Buena táctica —Felicité Vincent mientras veía que el sol ya se encontraba lo suficientemente alto—. Ahora, es tu turno. Yo puedo abrir las ventanas bajas para que entre el sol, pero las altas no. Esas son cosa tuya. No eres uno de ellos, pero puedes escalar y dar saltos que yo no.

—Veré lo que puedo hacer.

Vincent asintió con la cabeza. Confiaba en aquel muchacho y esperaba que, si bien no todos caerían, si lo harían la gran mayoría. Se conformaba con ver que caían dos.

Se dirigió a la primera ventana y la golpeó, pero no se abrió. Empujó sin éxito hasta que el muchacho se interpuso y con un golpe certero ayudado por un tronco preparado para ser usado para el fuego, sacó las puertas de las ventanas de sus goznes. El sol entró de inmediato.

—Padre, usted rece. Yo me encargo.

Vincent no tuvo problemas. Tomó el crucifijo y comenzó a rezar por el alma de los difuntos, pidiendo que al llegar fuesen perdonadas y encontrasen la paz que tanto necesitaban.

Una por una, las ventanas fueron abiertas. Las puertas del interior también, puesto que el muchacho, si bien no se percató de que muchos se ocultaban bajo las camas cubiertos con las mantas y colchas, ya no temía, y no sabía por qué, pero ansiaba encontrar la muerte y descansar. En su interior, el dolor y el espíritu se fundían en un único ser.

Vincent lo sabía, así como lo que tenía que hacer si la transformación del muchacho se volvía inevitable, solo esperaba que pudiera soportar la situación y convencer a Adrian en quien no había pensado, si Adrian veía las heridas, su brazo sería más rápido que su mente.

Siguió rezando, hasta que el muchacho regresó junto a él pálido como si de un muerto se tratase y con los ojos inyectados en sangre.

Entonces, le pidió un pañuelo.

—Tome, solo tengo este —dijo con la voz entrecortada—. ¿Para qué lo necesita?

—Para tí. Si mi amigo el cazador ve tu herida te atravesará el corazón sin pensar ni entrar en razón alguna. —Tomó el pañuelo y se lo colocó alrededor del cuello tapando de manera perfecta las marcas—. No te lo quites cuando exista la menor posibilidad de que él esté cerca. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Y ahora?

—Ahora nos vamos de aquí. La aldea no está muy lejos. Usaré el carro que anoche pude ver cuando dejé los caballos. Supongo que aunque lentos, un par de caballos que queden vivos serán suficientes para llegar. Aunque...

—Aunque... —repitió el muchacho invitando a Vincent a terminar de hablar.

—Aunque lo mejor sin duda será que, cuando lleguemos, encontremos a Adrian en plena forma, de lo contrario podemos tener problemas.

El muchacho no dijo nada. Acompañó a Vincent y le ayudó a preparar el carro, a enganchar los caballos y a cargar todas las cosas del Padre. A este no le quedó la menor duda de que el mar no era adecuado para el joven, él se mostraba más tranquilo y confiado en tierra. No dijo nada, no deseaba incomodarle de ninguna manera.

Ya lo estaba él mismo por el dueño del Hotel. El hombre había puesto mucho empeño en que el lugar fuera seguro, pero lo que sucedió era algo tan triste que nadie quería hablar y ellos dos, menos que nadie.

—¿Y ahora?

—Ahora a la aldea. Por suerte, no he perdido munición ni armas. Adrian actuará cuando lleguemos. Haz todo lo que él diga y no le contradigas. A mí me suele hablar con confianza, demasiada. No me trata como lo que soy, pero es su modo de mantener los pies en la tierra, de lo contrario, estarían en otro sitio y no haría lo que hace.

—De acuerdo.

—Pues vámonos. Según me dijo, tomando el camino siempre en recto, sin torcer nunca, llegamos. Sube.

Los dos subieron al carro y se alejaron, aunque el muchacho pidió una última parada nada mas empezar a alejarse. Vincent detuvo el carro y el chico saltó. Regresó un momento al Hotel y después de unos minutos que al Padre se le hicieron eternos, regresó con una amplia sonrisa y oliendo a ajo. Le entregó una guirnalda al Padre y él se puso la otra, pero no dijo en qué había ocupado el tiempo en aquel lugar.

Capítulo 8

La llegada a la aldea estuvo sembrada de curiosidad por parte de los habitantes, quienes se interesaban sobremanera por conocer el motivo de que los lobos les dejaran pasar. Muchos que se perdían en el bosque eran devorados sin piedad.

—Unos extranjeros, no nos gustan los extranjeros.

—Odio a los extranjeros, que los lleven al Castillo, así los vampiros nos dejan en paz.

—Sí, al Castillo con ellos que los vampiros los devoren.

Vincent siguió caminando tranquilo. Llevaba a uno de los caballos de las bridas y tiraba. Llevaba al muchacho pegado a él, temblando. Mientras él no daba un paso, aquel tampoco lo daba.

Estaba seguro de que le iban a matar.

De pronto, Vincent le pidió que levantara la cabeza.

Delante de él, un hombre alto, fornido aunque delgado, vestido de negro, con una capa y un sombrero le miraba fijamente.

—Ha pasado un tormento en el mar...

—Eso ya lo sé. Vámonos de aquí, os pondré yo al día.

—¿Adrian? —preguntó el muchacho al sacerdote tan bajo que fue difícil saber que había dicho.

—Es Adrian —respondió con la esperanza de que le hubiera preguntado aquello, aunque al mirarle comprendió que le tenía miedo.

Los habitantes de la aldea seguían rodeándoles una y otra vez, casi no podían pasar. Pero ni el sacerdote ni Adrian parecían tener problemas con eso, ellos caminaban. Torcieron a la derecha hacia la Plaza Central y él se detuvo en el pozo.

—Bebed, es agua buena —informó Adrian sacando el cubo lleno de aquel líquido.

Vincent bebió y el muchacho también. Adrian no apartó los ojos de él, pero nada dijo, guardó lo que pensaba en una parte muy lejana de su cerebro, una en la que al cabo de cierto tiempo, la presión las hacía puré y salía como si fuera un río, cuando la piedra se retira y nadie el impide ya el paso al agua.

Luego, Adrian hizo una señal a dos hombres que para vaciaran el carro:

—Todo lo que hay, llevadlo dentro. Servirá para rescatar el alma de vuestras hijas.

Los dos hombres comenzaron a trabajar. Caja por caja, saco por saco, dejaron el carro vacío y lo metieron todo en la casa. Esa pequeña, muy oscura y algo destartada, pero aun así, cumplía su propósito. La chimenea estaba apagada y las ventanas abiertas. No se veía ajo ni objetos sagrados tampoco, pero Adrian parecía seguro.

—¿Cómo se protege de los vampiros?

—Tardarán unos días en aparecer, ayer se llevaron a tres mujeres y un hombre.

—No creo que tarden tanto como piensas —dijo el sacerdote.

—¿Por qué?

—Por ti. Tú eres su objetivo, no tardarán en averiguarlo. Si te ven el hombro izquierdo estás

perdido.

Adrian se sentó en la silla que junto a él tenía, mas por llevar demasiado en pie que por las palabras de Vincent. Estaba acostumbrado a su modo de hablar. Solía decir que había leído tantos libros de misterios que solo sabía hablar en plan misterioso.

—Cuando estemos solo. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Puedo moverme bien, el problema es cuando he de pelear, no puedo mover el cuerpo tan rápido como necesito, pero será cosa de días.

—Me alegro. En los sacos traigo munición, espadas, pistolas, flechas, arcos y unas ballestas más por si fueran necesarias. También algo que he construido. Es como el tambor de un revólver, solo que en lugar de balas, dispara flechas de menor tamaño que las normales, pero igual bendecidas y de plata. Dispara a quien dispara, si les en el corazón estará muerto.

—¿Y la cabeza? —preguntó Adrian.

—Con estas flechas que te traigo no es necesario cortar la cabeza. Se convertirán en polvo y sus almas estarán a salvo.

Adrian sonrió un poco. Eso hacía su trabajo más sencillo, más fácil, aunque no menos doloroso. Era una persona, no un animal. Sabía que todos veían a los vampiros como monstruos, pero él no y prefería no dar explicaciones, no le iban a creer.

La voz de Vincent le sacó de sus pensamientos.

—¿Estás aquí solo? —preguntó Vincent al ver que una vez los dos hombres terminaban el trabajo, allí quedaban nada más que ellos.

—Hasta hoy sí. Alina intentó salvar a una niña pequeña cuando los vampiros atacaron anoche y a quien se llevaron fue a ella. No pudo acabar con ninguno, me limité a mantener a salvo a cuantos me fue posible —respondió con amarga tristeza y una lágrima que intentaba salir, pero la determinación y fortaleza de él lo impedía.

—Comprendo. Lo lamento mucho.

—Mas lo siento yo, que es quien me salvó la vida.

Adrian volvió a hundirse en sus pensamientos. Deseaba que ella estuviera muerta, no quería ni pensar en que pudiera ser convertida en una vampira y se viera en la obligación de acabar con ella. Ella, que era quien le ayudó, quien le rescató, quien le cuidó, lavó, alimentó y vistió. Quien le contaba cosas, quien... Con ella comprendió muchas cosas de la naturaleza humana vista desde la visión de una muchacha que nunca vivió como el resto, pensando y preocupada por si los vampiros se la llevaban. Vivió como mejor podía, confiando en que la vida tendría para ella algo más reservado en algún lugar y de alguna forma.

Con ella pasó largos ratos sentados junto a la ventana observando el amanecer. Pasó largos ratos observando el atardecer y como la luz de las velas salía por las ventanas y los tejados.

En aquellos momentos, la vida y las vistas eran hermosas, no había ni una nube que les impidiera ver tanta belleza y sentir tanta paz. Todo estaba en orden, todo marchaba como un carro por el sendero marcado, guiado por los caballos que conocían el camino y nunca se desviaban.

Adrian se puso en pie. Por un momento, creyó que todo lo tenía controlado, pero luego se dio cuenta de que no era así. Al contrario.

Era un muñeco en manos de unos seres que ni debían existir. Los humanos no se daban cuenta de que sus deseos, sus decisiones, tenían consecuencias no siempre agradables, eran consecuencias que podían resultar muy malas, pero que no se analizaban con frialdad porque en ese momento el cerebro no funcionaba como debía y el corazón tampoco.

Él sabía que decidió ser lo que era su padre para de ese modo no tener que ver más como un

vampiro cegaba la vida dejando viudo y huérfano. Sabía lo que significaba y se alegró de aquello, aunque en ciertos momentos se arrepentía brevemente, pues no podría formar una familia, ni tampoco podría tener un hijo y nunca viviría tranquilo. Parecía que sí, había analizado bien, pero nunca creyó que se enamoraría, o medio enamoraría.

Tampoco quería pensar demasiado en esos sentimientos, estaba muy confundido y no podía permitir eso, pues a la hora de realizar su trabajo, este podía verse afectado.

—Adrian, si puedo ser de utilidad, le agradecería que me lo dijera, soy poca cosa, pero puedo ayudar.

Adrian se volvió. Sonrió un poco y regresó a la posición inicial con la mirada perdida en el bosque que cubría el camino al Castillo de Drácula, y las manos en el alféizar de piedra de la ventana.

—Lo sé muy bien. Y no eres tan poca cosa como dices. Estás dispuesto a acabar con ellos, eso es mucho más de lo que pueden decir la mitad de los que aquí viven. Quítate el pañuelo, tengo que ver eso —dijo dando la espalda a la ventana y cruzando los brazos en el pecho.

El muchacho obedeció, pero Adrian sonrió.

—Me miras como si vieras un asesino, ¡a saber las cosas que te habrá contado Vincent! Te han mordido una sola vez. No corres riesgos, a no ser que tú hayas bebido. ¿Lo hiciste? —preguntó inmóvil a la espera de una respuesta que fue negativa— Entonces estarás a salvo. Estoy enterado de lo ocurrido en el Hotel. Un pobre diablo escapó de los vampiros y vino a morir aquí, pero antes me lo contó todo. Iréis con el carro a recoger las flores y los ajos que a diario entregan allí. Aquí serán de más utilidad.

—Muy bien. ¿Y luego?

—Lo repartiréis por la aldea. Cada uno de nosotros llevará un objeto sagrado y ajo encima. Tú, muchacho, no puedes llevar nada sagrado, pero sí ajo y eso junto a que no te alejarás de Vincent, te mantendrá con vida. Luego ya veremos. Tú tienes algo para mí, dámelo —dijo dirigiendo la mirada a Vincent.

El sacerdote sacó del dobladizo de su túnica, muy cerca de su pecho, un sobre cerrado con el sello del Papa. Adrian lo tomó y abrió como si tal cosa, acostumbrado a romper el sello, cosa que extrañó al muchacho.

—Esto de llamarte siempre “muchacho” es una pesadez —dijo alzando la vista—. Primero ponte, como te he dicho, el pañuelo si quieres vivir, si alguien de la aldea te ve esa herida te quemarán vivo sin atender a razones. Y dime, como te llamas. El verdadero, si eres tan amable.

—Sebastian Adrian Pablo Enrique.

—Es decir; Sape. De acuerdo. Te llamaré Sedri. Y tú —dijo señalando con el dedo índice al sacerdote— harás lo mismo, de lo contrario no sabré a quien te refieres. Y deja de inventarte cosas, mato a monstruos no a inocentes.

El sacerdote asintió mucho mientras veía como Adrian bajaba de nuevo la mirada sin esperar respuesta. Se limitaba a leer el pequeño trozo de pergamino y suspirar.

Leyó el texto varias veces, intentando descifrar que significaba todo aquello.

“... acaba antes del alba, los mil años nunca terminarán. De lo contrario, el hijo pródigo lo suyo reclamará y los mil años nunca comenzarán. “

—Lo único que de aquí saco es que el hijo pródigo es el único capaz de acabar con Drácula, si es a él a quien hace esto referencia, que tampoco está claro. Lo de los mil años... o damos con ese hijo o no quedará ni un humano en todo el mundo.

—Ya he dado con el hijo pródigo.

—¿Tú? —preguntó Adrian con los ojos muy abiertos.

—No te extrañe, también tú has dado con él.

Adrian no tenía ganas de misterios ni de juegos. Se encontraba muy cansado, dolido y no podía dejar de ver en su mente a la joven siendo llevada por un vampiro sin que él pudiera impedirlo. Aquello eran cuchillos clavándose una y otra vez en el fondo de su alma desangrando sus fuerzas.

—Adrian, el hijo pródigo eres tú. Por eso te decía de tu hombro y de la marca. Tú eres el último de tu familia. Tú eres un Dracul, pero no maldito, aunque te pueda parecer que tu vida es una maldición. A mí, si yo estuviera en tu lugar, también me parecería eso. Pero la prueba definitiva, es una marca de nacimiento que llevas en tu hombro y que tiene la forma de una media luna. Mira, da la vuelta al trozo de pergamino.

Adrian así lo hizo y descubrió que efectivamente, detrás ponía: “hijo pródigo: marca de nacimiento”. Su rostro palideció. Su padre nunca le dijo la verdad de su nacimiento ni de sus antepasados. Solo dijo que él era especial. Supuso que se refería al hecho de que era el único hijo de un matrimonio que se adoraba. Pero no, se refería a que él era el miembro de la familia con aquella marca en aquel lugar.

Se apoyó en el alféizar de la ventana con la espalda al paisaje, donde el sol continuaba adelante, proseguía con su andadura, no dejaba la aldea y las gentes no abandonaban los alrededores de la vivienda esperando conocer el siguiente paso del cazador de vampiros, aunque él era incapaz de pensar con claridad.

Sentía demasiada confusión y nerviosismo como para dar un solo paso.

¿Por qué él?

Capítulo 9

Adrian quedó ensimismado, helado en el tiempo, no quería ni pensar, aunque sabía que la respuesta podía encontrarse en el otro trozo de pergamino. Sin embargo, desconocía donde podía encontrar lo que faltaba, si Vincent lo hubiera sabido ya le hubiera dicho donde pues era consciente de que era un sacerdote que decía todo lo que por su cabeza pasaba, no era capaz de callar nada, era muy mal confesor.

Por suerte, su trabajo no era confesar, su trabajo era más activo, mas en dirección de ayudar a toda la humanidad, pues aunque en el secreto de confesión podía ayudar, eliminar a los vampiros ayudaba más.

Sin embargo, Adrian se sentía bastante confuso. Saber que era el hijo pródigo significaba que su padre ocultó muchas cosas, pero por desgracia, su padre siempre guardaba todo en su mente, no dejó nada por escrito, solo su nombre y una inicial que correspondía al apellido, aunque él creyó que era Dimas.

D.

Dracul.

—¿Soy un vampiro? —preguntó sin saber como preguntaba algo tan estúpido, sabía que era un humano.

—Casi. Los Dracul eran una familia muy poderosa. Vlad “el empalador” se hizo famoso por hacer de la tortura su pasatiempo. Su afición era clavar en estacas a sus enemigos. Su padre fue un príncipe rumano perteneciente a la orden del dragón. Pero fue asesinado al igual que uno de sus hermanos. Tu descienes de esa familia, pero al parecer, de unos miembros que intentaron huir. Solo lo consiguieron dos; un padre y un hijo. Según he conseguido documentarme, en el hombro de ese niño había una marca de nacimiento. Esa marca la tienes también tú. Lo que desconozco es si tu padre sabía de esos datos, pero me temo que sí.

—Yo tampoco lo sé, a mí nunca me contó nada al respecto. Pero no puedo negar mi naturaleza y esa es dar muerte a Drácula. ¿Cómo lo hago?

—Antes tienes que entrar y debes saber donde está —dijo Sedri que hasta ese momento había quedado en silencio—. Y me consta que debes esperar a que despierte.

—Es cierto. Serás de ayuda, aunque aquí, allí no te quiero. Allí ya hay alguien que no debería, si es que alguien debería de estar allí —dijo mirando la imponente figura del Castillo en el monte. Daba la impresión de estar colgado, pero en realidad los vampiros habían tenido más que tiempo de sobra de preparar el lugar para todo el ejército.

Dio la espalda al Castillo y esperó a que uno u otro dijera algo, pero el silencio se hizo con los tres. Había muchos puntos a tener en cuenta y muy pocas respuestas.

—Me pregunto donde vivió Drácula... Era rumano, un príncipe, tendría diversos lugares donde vivir. ¿No?

—Buena pregunta. Voy a ver mis apuntes sobre él y te digo cuando sepa algo.

Vincent no tardó en dirigir sus pasos a un cajón no muy grande pero de profundidad considerable. Lo abrió haciendo saltar las correas que lo sellaban y dejó ver una cantidad curiosa

de libros, papiros, manuscritos más antiguos que el propio tiempo y un buen montón de pequeños documentos, así como un dibujo de lo más curioso que representaba a Vlad y a otro Dracul enemistados y junto a un ángel y demonio.

Se lo mostró a Adrian por si a él le decía algo.

—Lo que me dice es que donde está el mal también está el bien. Donde está el bien está el mal. Son las dos caras de una misma moneda. Pero al mismo tiempo... Me hace sentir pena por Vlad, creo que tomó el lado equivocado, no pensó antes de actuar y no se puede arrepentir de sus actos porque en realidad no tiene alma...

—Eso es. No tiene alma. Diste con la clave —dijo Vincent con una amplia sonrisa.

—Los vampiros no tienen alma, son muertos vivientes, como ¿iba a tener alma Drácula? —preguntó Sedri intrigado, sin entender hacia donde se dirigían.

—Pues esa es la cuestión, lo que hizo lo hizo por venganza, pero no calculó sus propósitos ni el alcance de sus actos. Aun así, me da pena. Si supiera lo que hizo... Pero no importa, se le puede devolver el alma y que descanse. Yo es lo que voy a hacer, las heridas me empiezan a molestar. Mañana a primera hora, id los dos a por esas cajas. Si bien no van a ser útiles en el Hotel, aquí sí lo serán.

—¿Y los lobos? —preguntó Sedri.

—¿Qué pasa con ellos? Obedecen a los vampiros. No hay problema. Id cuando los vampiros vayan a la cama, ya veréis lo que bien que se lo pasan los lobos; dormirán a pierna suelta.

Sedri no estaba muy convencido, pero el sacerdote le explicó la lógica que indicó Adrian; los lobos eran libres de la influencia de los vampiros cuando estos se iban a dormir y cuando se iban a despertar. Podían usar esos momentos para pasar sin que sus vidas corrieran peligro. Ya a la hora de volver bastaría una antorcha para pasar, pues aunque quien vigilase a Drácula lo supiera, no se iba a negar a que la comida entrase.

—Es decir; usamos su debilidad a nuestro favor.

—Exacto. Eres más listo de lo que aparentas, muchacho —respondió Vincent alabando a Sedri.

—Supongo que cuando corres riesgo de morir, te espabilas si la vida aún vale algo para ti. Y como esto está tan interesante, quiero seguir vivo al menos hasta saber qué pasa.

—Me parece perfecto.

Vincent mantenía la secreta esperanza de que una vez vieses aquello, valorase más la existencia y se aferrase a la vida con ambas manos.

Se dirigió a Adrian. Se había tumbado en la cama de espaldas. Con sumo cuidado, le desabrochó la camisa y dejó al descubierto su torso. Estaba lleno de cicatrices. Algunas parecían más profundas que otras, pero parecían haber sangrado bastante, quizás su debilidad se debía a la falta de sangre de las heridas.

Volvió a abrochar la camisa y tomó una manta con la que le cubrió. Sonriente, observó a Sedri.

—Cuida de él, voy a ver si en mis libros encuentro algo más del hijo pródigo o de como acabar con Drácula.

—Sí, padre.

—Gracias Sedri.

El sacerdote sacó su crucifijo y comenzó a rezar pidiendo por una gracia para poder localizar lo que tanta falta hacía, así como también poder saber sobre los vampiros, nunca era malo conocer cosas, confirmar detalles y menos aún, era saber si sus almas iban a ir de veras al

infierno o aún existía el modo de que fueran al paraíso. No le hacía gracia el infierno.

Aunque allí era donde Adrian se encontraba en aquel momento.

Su alterado sueño le llevó hasta el mismo río Estigia donde encontró a Alina. Se acercó a ella. Estaba más hermosa que nunca, más dulce y más exquisita. No pudo reprimir un beso apasionado en sus labios y un abrazo tan fuerte que nadie conocería donde acababa uno y comenzaba el otro.

—Te he echado de menos —susurró—. Mucho. Los días me parecen meses, las horas semanas y los segundos días. Regresa conmigo.

Habló con el corazón en la boca, dispuesto a luchar contra quien fuera para sacarla de allí, era suya, ella le salvó la vida y él haría lo mismo.

—No puedes hacer nada por mí. Ya es tarde. Estoy condenada, pero aún pues salvar mi alma. El daño que me aflijan aquí no es nada con el del alma. Puedes salvarla, pero debes acabar con Drácula. Mata a ese monstruo.

Adrian la volvió a mirar. No podían ser ciertas aquellas palabras. Ella no podía dejarle. ¿Qué pasaban con esos días? Con las salidas, con los paseos, con las risas, con las charlas, los planes... Todo aquello quedaba tan solo como simples palabras vacías que nada servían. Palabras bonitas que en un momento se dijeron solo para que la vida... solo para llenar el vacío de los días tristes y apagados, de los ratos antes de dormir.

Pero él se negaba a que aquello fuera posible. No quería ni pensarlo.

—Adrian, por favor

—No, Alina. He estado solo, ahora no quiero volver a sufrir eso. Por favor, comprende.

—Lo comprendo, Adrian. Pero tú también debes comprenderme a mí. Esto es lo que tengo y mi deber es subir a esa barca y llegar al otro lado. Otros no tienen esa suerte. Mira.

Alina señaló a un grupo de harapientos espectros que iban de un lado a otro, no llevaban ropa decente. Sus prendas eran harapos, les faltaban trozos de piel, el cabello alborotado y la cara gris. Nadie les dio una misera moneda para pagar al barquero, vagaban hasta que cada cien años el barquero se llevara por propia voluntad a uno solo. Después de cien años se llevaría a otro. Por el número de los que ya eran tardarían casi dos mil años en cruzarlos a todos, y seguían llegando cada día.

—Tú me diste las monedas y yo puedo cruzar. Y yo se las di a los muchachos del panadero y les vi cruzar antes de llegar yo. Ellos han ido al paraíso, con su padre y el tuyo. Consuélate con eso. Solo es necesario que comprendas que yo esperaré a que salves mi alma..

—No quiero volver, no quiero una vida sin ti.

—Yo siempre estaré, hasta que tú decidas echarme de tu corazón y mente. Tú, por tu parte, estarás eternamente en mi recuerdo y mi sentir.

Le dio un beso en la mejilla y sonriendo, subió a la barca. Los demás se mostraban tristes, cabizbajos, ella no, era una luz en la oscuridad, un color brillante en la negrura más absoluta, un sonido en el silencio. Adrian la observó hasta perderse en el río.

Se quedó sentado en una roca, con la espalda en la pared de piedra, esperando volver a ver el rostro de la mujer que por unos días, le hizo dejar de estar solo, dejar atrás las lágrimas, para dar paso a la esperanza, la ilusión. Dejó atrás la caza para sentir los pies en un mismo lugar, despertar en el mismo sitio y ver las mismas cosas. Comprender que vidas estaba salvando y cuales condenando.

Sin embargo, poco hubo a su lado, solo los muertos le rodeaban y regresó. Se limpió las lágrimas con las manos, dejó escapar un suspiro que le hizo añicos el ama y con los trozos de

cristal roto en su interior abrió los ojos.

Ya no se encontraba en la orilla del río Estigia, estaba en la cama. Arropado por una manta y con el sol que empezaba a querer irse a descansar; había dormido casi todo el día.

Por un momento se sintió avergonzado, pero luego sonrió agradecido porque significaba que Vincent había tenido suficiente tiempo para poder localizar alguna información relevante, como algún dato más de Drácula o sobre él.

Se levantó y dirigió sus pasos a Sedri, quien al verle, se quitó el pañuelo. La herida seguía igual. No se cerraba, pero no se había agrandado.

—Muy bien —dijo— vuelve a ponerte el pañuelo, aún no es tarde para tí. ¿Vincent?

—Tengo pruebas de que eres el hijo pródigo, así como he localizado otro Castillo que perteneció a Vlad. He hecho mis averiguaciones y tenemos suerte, ni está ocupado ni está lejos de aquí. Es posible, eso sí, que los vampiros conozcan su existencia, pero también es posible que no.

—Explícate.

—El manual de los vampiros. Escrito en secreto por Vlad. Lee desde la página noventa hasta la cien.

Adrian se sentó en la silla junto a la mesa cuadrada colocada lejos de la ventana, junto a un candelabro de cinco brazos con sendas velas recién encendidas.

Leyó en silencio aquel libro que Vincet le colocaba delante.

Capítulo 10

—¿Y ellos no lo conocen? —preguntó Adrian una vez terminó de leer.

—Estando en su manual por supuesto, pero tienes que tener una cosa en mente, el manual completo lo conoce quien lo escribe. ¿Estás seguro de que quien escribe lo dice todo? Yo no. Tal vez lo comente, lo lea... pero si pasara de mano en mano lo tendrían que escribir demasiado a menudo. Al menos es lo que creo.

—Pues ojalá no estés equivocado. Habrá que ir allí, comprobar todo eso y asegurarnos de que nada hay allí que les beneficie. Quizás encontremos algo que nos sea útil. Por mí, no habría ningún problema en ir, matar a todo vampiro que se me acerque y quedar tranquilo, pero quiero acabar definitivamente con Drácula y me parece que no será tan fácil.

La noche cayó sobre la aldea. Adrian se dio cuenta y no tardó en dirigir sus pasos hacia la ventana. No temía la falta de luz, en su cuello llegaba una guirnalda de flores de ajo con la que se despertó. Su olor le era muy agradable y solo esperaba que algún día no muy lejano, el dolor de la ausencia de Alina disminuyera, pues cada día, a cada instante, el dolor aumentaba, y el deseo de verla era casi insoportable.

Tanto, que creyó ver que ella se acercaba salida de la espesura nocturna del bosque.

Sin embargo, con rapidez, se llevó un dedo a los labios como señal de silencio. Él obedeció.

Ella se fue acercando despacio. Llevaba un largo vestido de gasa, con manga mariposa, cuello ruffle, cintura estrecha y un poco de vuelo en la falda. Parecía una novia a punto de casarse o una princesa. Su largo cabello quedaba suelto y en la pechera, un broche dorado daba color a la blancura. Sus ojos se habían vuelto rojos y en su boca, los dientes se habían convertido en agudos y muy afilados.

Las lágrimas no tardaron en caer en cascada por las mejillas de su adorada Alina, la única mujer de cuantas había conocido que el hizo sentir mariposas en el estómago, deseos de dejar todo atrás y de tenerla entre sus brazos de sol a sol y de luna en luna.

—No hables, te lo ruego, tengo mucho que contar y muy poco tiempo. Lo primero es que para mí no hay marcha atrás. He probado la sangre, he matado y volveré a hacerlo. Lo segundo es que para dar muerte a los vampiros debes de acabar con Drácula. Tú eres el hijo pródigo. Si ese amigo tuyo sabe tanto como dijiste, que te lo demuestre. Solo tú puedes dar muerte a Drácula y no basta con una flecha y cortar la cabeza. He visto a Drácula. La cabeza está en su sitio y la estaca empieza a salir. Pero hasta el 31 de octubre no pueden despertarlo. Ve al segundo Castillo, a Bistritz, allí nos veremos. No me puedo quedar, pero puedes confiar en mí, hice un pacto con Dios, no con Satán.

La joven se marchó. Desapareció por donde había llegado. Estaba seguro de que ella decía la verdad. Pese al ajo, pese a la media hostia oculta en el interior de un sobre entre su ropa y el crucifijo que como pulsera llevaba, se había acercado tanto que podía haber contado cada uno de sus cabellos. El por qué le ayudaba era un misterio, aunque como fue atacada cuando iba a salvar a una chiquilla, era posible que le hubiera dado Dios aquella oportunidad y ella la hubiera aprovechado.

Aun así, le había dado una pista, una prueba, que reforzaba la idea de que debía de verdad regresar a los orígenes de los vampiros si deseaban acabar con ellos.

—Debo ir a Bistritz.

—¿Dónde está eso?

—Junto al río Bistrita, aquí en el norte de Transilvania a unos tres o cuatro días a caballo. Dependerá de lo que ellos corran y yo aguante. Saldré mañana.

—Saldremos mañana.

—¡No! —gritó de inmediato dándose cuenta de que si Vincent la veía, no dudaría mucho, la mataría y no quería. ¿Un vampiro con determinación? ¿Un vampiro con decisión? Le era imposible de creer, no podía ser cierto, no era posible. Pero si de verdad hizo un pacto... —Vosotros tenéis que ocuparos de la aldea, ¿ya lo habéis olvidado?

Ninguno dijo nada, pues en realidad ninguno de ellos había visto a la joven, la ventana no abierta del todo y el cuerpo de Adrian en el espacio abierto, lo impidieron. Él se dio cuenta de ello y decidió que lo mejor era que siguiera así. Si era una trampa lo aceptaría, pero no creía tal cosa, pues en realidad, ella se había acercado mucho a él, tanto que se pudieron haber tocado con solo alargar un brazo. Y ella parecía sincera.

Se dirigió al fuego, puso la olla y comenzó a cocinar. A continuación, cenaron los tres. El muchacho también pudo comer, por lo que aún le faltaba mucho para convertirse en aquello que tanto temía y que tan hábilmente hacía desaparecer de la faz de la tierra Adrian.

El muchacho, le observaba. ¿Cómo sabía que la noticia del Hotel no había retenido el cargamento diario? Quería preguntar, pero le faltaba valor. Adrian le imponía aún cuando hacia unas horas le vio dormido ajeno a todo lo que tenía lugar a su alrededor.

Una vez despierto, aún sentía un temor mayor.

—No muerdo, muchacho. Nada has de temer de mí. Solo has de cumplir las órdenes que yo te de. Si desconoces como hacerlo bien, no lo hagas. Simplemente preguntar a Vincent, él te ayudará. Buenas noches.

Y sin cerrar la ventana, invitando a Alina, se durmió en la cama soñando con aquella vampira a la cual aún amaba, y más que antes.

Pero sabía que el beso que compartieron días antes de ese encuentro, no se podría volver a repetir, al menos no en esa vida. Ella ya no le pertenecía, ella era un ser maldito, condenado a vagar alimentándose de sangre para seguir existiendo. Sabía que ella ya, dijera lo que dijera, no sería fiel nunca a su palabra, el resucitar a Drácula era su principal objetivo y según el trozo de pergamino leído, eso sería posible con el hijo pródigo. Un hijo pródigo que él no conocía modo de demostrar que era otro. Ese honor no lo deseaba, únicamente deseaba salvar a Alina.

La amaba tanto...

El beso que el dio fue un beso pequeño, un beso tímido, un beso apasionado, sincero, un beso que ambos deseaban y que disfrutaron, que fue acompañado de un abrazo, de una mirada y una sonrisa.

Para él fue el primero que daba. Para ella...

—Para mí no, pero sí ha sido el más especial.

La joven quedó ensimismada con aquel beso y él también, comenzó a comprender el amor que su padre le profesaba a su madre, y cuando la perdió, el dolor que sintió por ella, las lágrimas derramadas, el sufrimiento en su rostro, las plegarias lanzadas al aire.

—Padre, cómo soporto esto...

Hablaba en sueño, pero cuando despertaba, ya no recordaba si había soñado o hablado y ni

Vincent ni Sedri se lo tenían en cuenta.

Aunque sí era vigilado.

Alina nunca le dejaba mucho solo. Suponía que los vampiros quizás buscaran algo, pero ella no dejaba de buscar la paz y la supervivencia de él, pues era consciente de que el manual hablaba de él, pero el pergamino no estaba entero y por lo tanto requerían tener esa parte para completar el ritual y que los mil años nunca... En ocasiones, deseaba que nunca comenzaran, mas otras veces, ansiaba que nunca acabaran.

La noche a Alina se le iba sobre un tejado, oculta a los ojos del mundo, pero fija la atención en Adrian. Había sido convertida, solo era que la sangre de él no le interesaba, que aún le amaba y deseaba verle vivo, no en una tumba o en el Castillo como uno de ellos.

Aunque sabía, tenía un problema grave: Sedri. Él podía llegar a averiguar su existencia allí, pues al fin y al cabo era casi un vampiro, solo que no un vampiro completo, pero sí casi. Debía librarse de él antes de que la descubriera, puesto que Vincent no iba a dudar en acabar con ella.

Y si escapaba, los demás podrían averiguar que ella protegía a un mortal y acabar con ella, máxime cuando ese mortal era el mismo cazador que estaba acabando con la especie cuyo único deseo era sobrevivir.

Pero no podía pedir ayuda, se encontraba entre dos bandos y cada uno era enemigo del otro y ella no podía permitir que ninguno de ellos supiera de su compromiso con el otro.

Por ello, cuando regresó antes del alba, Louis la interrogó extrañado de aquella salida.

—Hola hermana, ¿qué ha sucedido? Te noto alterada. —Quiso saber colocado en la puerta de la sala impidiendo que ella pudiera pasar, al mismo tiempo que fingía curiosidad inocente por la diversión nocturna de la recién llegada.

—Un poco. Estoy bien, creí que no llegaría a tiempo para protegerme del sol. Resulta que me equivoqué, calculé bien —respondió buscando una respuesta lo más convincente posible.

—Al principio suele pasar. Mi consejo es que los primeros días no salgas sola, te puedes distraer con algo o con alguien y si el sol te ve...

—Lo sé. Gracias por el consejo. Me las apañó bien, únicamente he de aclararme y calcular el tiempo de vuelo. En lo sucesivo no me pasará.

Louis la estudiaba. Vampiro desde los tiempos de su padre, poseía más de un truco en la manga conociendo lo que muchos pensaban, y no dejando que nadie le tomara por tanto o por idiota haciendo de las suyas sin el permiso de los demás.

Pero eso sí, Alina consiguió engañarle. Sin dar pruebas ni contar nada exacto, la joven le dijo la verdad.

Pero Louis, muy tranquilo, no solo la dejó pasar, también le ofreció el aperitivo más exquisito que disponía a su alcance; un gatito de unos seis meses con ojos inocentes el cual ella desangró en menos de un minuto víctima de su propio apetito y de su nerviosismo.

—Hay que alimentarse bien, pero enseguida lo podrás hacer. Antes espera aquí, he de dirigir unas palabras a los nuevos que os habéis incorporado. Mas de uno no está haciendo las cosas como debía y nos ponen en peligro.

Alina se temió lo peor, pero se limitó a lanzar el cuerpo del animal lejos y sentarse. Estaba dispuesta a morir, lo que tenía que hacer lo había hecho, en ocasiones, unas horas más significaban un cambio de rumbo para siempre y ella estaba dispuesta a todo por ayudar a Adrian.

Quedó allí, sentada en la sala, con las ventanas cerradas a cal y canto, con la chimenea encendida que ofrecía luz y calor y los sillones colocados en un semicírculo ante el fuego.

Poco a poco, uno a uno, los nuevos vampiros hicieron acto de presencia y se fueron sentando.

Los diez sillones quedaron ocupados. Por último, Louis entró en la sala completamente vestido de negro con el rostro grave y en las manos el manual sujeto contra su pecho.

—Me consta —dijo colocándose de espalda al fuego y frente a ellos—, que aún no habéis tenido tiempo de conocer toda la información que aquí se redacta, pero sí conocéis las normas básicas, que quienes os han convertido han tenido bien contaros desde el primer momento. Pues bien, la primera norma es; honrar a vuestro padre. Sé que creéis que está muerto, pero no es así. Vuestro padre vive, solo es necesario despertarlo, y no es fácil, no basta por desgracia abrir el féretro y quitar la estaca. Hace falta otra cosa que aún no hemos localizado. La segunda norma es que debéis respetar y cuidar a vuestros compañeros como hermanos que todos somos. Pues bien, uno de vosotros, ha puesto hoy en peligro a todos nosotros, y aunque no ha habido problema porque no hemos permitido que fuera a más allá, lo cierto es que ahora saben más los humanos de nosotros y lo que saben nos puede llevar a la destrucción total. Por desgracia, no hay más que un castigo para ese fin: la muerte.

Dicho aquello, mientras los nuevos temblaban de temor, los otros hicieron su entrada, levantaron a uno, le ataron las manos a la chimenea y le dejaron allí. Antes de salir, abrieron una ventana con la ayuda de una pértiga.

El sol salía en el horizonte.

Cerraron la puerta y lo dejaron. Sus gritos de súplicas duraron varios minutos para seguir con unos de horror y otros mas desgarradores de dolor.

Luego, el silencio más profundo.

Capítulo 11

Alina respiró aliviada. Por un largo rato había supuesto que la habían descubierto, aunque tenía mucho cuidado con que en sus pensamientos, Adrian no apareciera y se alegraba de haberle dado unas horas más, de ese modo, quizás podría, pensaba ella, encontrar lo que buscaba y darle la información, pero no era el momento de intentar sacar información a esa gente sedienta de sangre y devoción hacia Drácula.

Ella misma se extrañaba de, pese a haber sido convertida, no sintiera nada hacia nadie de allí, se le asemejaba muy extraño.

—Aún no eres del todo una vampira —dijo una voz a su espalda que ella desconocía hubiera.

—Están perdiendo poder, se debilitan pese a todo lo que se alimentan y eso es peligroso. La sangre más rica y llena de fuerza para un vampiro es la de un humano, pero nosotros hemos sido convertidos hace muy poco y por lo tanto, podemos resistir. No te digo que no lamente la muerte de los animales, pero la vida humana vale más que la de un animal. Aliméntate de ciervos, gatos, perros, vacas, ratas... Pero no de un humano. Y no pienses demasiado o se darán cuenta y te eliminarán.

Alina escuchó asustada. Temía lo que iba a decir, pero esperó con paciencia a saber hacia donde dirigía la conversación. No pensaba arriesgar lo más mínimo, existían demasiadas vidas en juego.

—Te preguntarás —dijo aquella visita ya a su lado— el motivo de mis palabras. Muy sencillo. Yo era el dueño de un Hotel donde intentaba que los vampiros no tuvieran acceso. Por desgracia, alguien dejó pasar a uno y todos ellos pudieron con mi Hotel. Desconozco el número de víctimas, de convertidos, de mordidos y de escapados. Por suerte, algunos escaparon y hoy he visto que un sacerdote que se salvó no sé cómo, ha ido y recogido muchas cajas de ajos y flores frescas de esa planta. Yo las sigo recibiendo a diario, y él las usa, supongo, para proteger la aldea, aún no está todo perdido.

—¿No?

—No, ese sacerdote iba a la aldea, yo me escondí bajo el carro y él no me vio. Cuando el sol se ocultó, me dirigí a la casa y escuché una conversación. Hablaba con un tal Adrian y le decía que tuviera cuidado. Al parecer va a realizar un viaje. Déjame ir contigo, sé lo que pone el texto que les hace falta, pueden encontrar el modo de acabar con esta maldición. Si lo deseas, te digo antes a tí para que tú puedas decirlo a él y así comprendes que no miento. Por favor.

—No lo sé...

—Comprendo. Él tardará tres días. Descansa, ya hablaremos mañana.

Alina no dijo nada. Guardó silencio. Quedó pensativa observando como aquel se marchaba sin mirar atrás.

Ella, en cambio, sí miraba atrás. Miraba en todas direcciones. No sabía si confiar o no, si era una trampa o no. El poder de los vampiros era enorme, no se podía comparar con nada, pero había algo que ella no sabía si debía o no comentar; el Castillo.

Bestritz estaba a tres días a caballo en las circunstancias que rodeaban a Adrian, pero en su vuelo estaba mucho más cerca aunque necesitara de una protección durante el día que desconocía como iba a poder llevarla a cabo.

Se le ocurrió pedir ayuda, pero a quién.

Calló sus pensamientos y se dirigió a su ataúd forrado de seda, donde descansó poco y mal. Las palabras de aquel ser la extrañaron mucho. ¿Era cierto? ¿Mentía? Tembló de miedo por primera vez en su vida y quedó dormida no sabía en qué momento. Lo que sí sabía era que la víctima de antes lo pasó realmente mal cuando vio los rayos de sol acercarse y que sus gritos parecían estar aún en su oídos. En su mente aún le oía pese a estar detrás de la gruesa puerta de madera cerrada.

Un llanto callado la sacudió dormida y cuando despertó, lloraba. Su ropa y las sábanas sobre las cuales reposaba, se encontraban húmedas. Se dio cuenta de que sus lágrimas no eran de un sueño, eran ciertas. El miedo la poseyó. No se atrevió a salir.

Los vampiros no lloraban, algo le pasaba. Sus colmillos estaban, la herida del cuello también..

—¿Estás ahí, Alina? —Alguien la llamaba, pero el miedo la había paralizado por completo.

Podía oír los pasos de alguien que iba de un lado a otro de la estancia abriendo puertas, ventanas y volviendo a cerrar. La llamaba una y otra vez.

Alina no era capaz de reconocer la voz, supuso que sería alguno de los otros, al fin y al cabo, allí no había más que vampiros. Pero ¿por qué la buscaban? ¿Se habían dado cuenta? ¿La oyeron? ¿La oyeron llorar? La matarían de un modo mil veces más doloroso que al otro. No veía salida, no era capaz de pensar con claridad.

Estaba segura de que si allí estuviera Adrian él la ayudaría, pues pese a los muchos intentos, las lágrimas seguían cayendo por su rostro, pero al estar ella tumbada, las lágrimas caían hacia los lados.

Aún no era una vampira completa, por ello el ajo y los objetos sagrados que llevaba Adrian no le impidieron que pudiera hablar y permanecer cercar sin sentir la menor molestia hacia la casa donde ella había nacido, vivido y muerto, porque ya estaba muerta, no había solución, no había nada que pudiera hacer.

Y cuando la tapa del ataúd se abrió, para ella todo se puso negro. No había luz, ni aire, ni... Solo el sabor de la sangre y una mano que acariciaba su cabello.

—Tranquila, bebe. Sé lo que hay que hacer para llegar a Bistritz. Vamos a ir, a ayudar a tu amigo y a liberar al mundo de esta monstruosidad de Drácula. Dos tendremos más posibilidades que uno. Además, podemos controlar la sangre que tomamos y a quien se la sacamos. Si uno de los dos pierde la parte humana, que el otro le arrebatte la vida y le de la paz. El cazador nos lo agradecerá dando al superviviente la paz. ¿Aceptas?

—Acepto.

Alina le observó. Sus ojos se habían vuelto rojos y en sus labios un fino hilo de sangre salía por la comisura. Encantada con el deleite de la sangre no se dio cuenta de que aquel no estaba solo.

Oculto por la tapa levantada del ataúd, Louis había escuchado toda la conversación. Una falsa simpatía, una unión en pos de unos sangrinaros era muy eficaz para ver la inocencia en los ojos de alguien de quien decidieron sacar provecho para que el cazador pudiera caer en sus manos y ellos quedar libres de las presiones de aquel para centrarse en su amado padre, demasiados años ya en el trono de los muertos.

Drácula no estaba muerto, pero sus hijos se morirían en poco tiempo y los bebés que descansaban en Bistritz tan solo necesitaban unas gotas de sangre humana para vivir. Louis lo sabía y sabía que para que Drácula viviera tenían que sacrificar al heredero de la familia que le dio muerte; Adrian.

—Lo que él no sabe es que es también un Dracul, va a matar a su propia sangre, debemos impedir tal atrocidad. Esta chica le hará caer en la trampa como un ratón en una costilla.

Y el tiempo, pudo ver Alina, le ayudó, pues el sol quedó oculto mucho más allá del amanecer. Marcharon por el camino recto, siguiendo al caballo que tomaba el mismo camino que ellos. Desconocía Alina que Louis lo había preparado todo.

—Mira, Alina, sigue la ruta, no toma el sendero —dijo el compañero para que ella no se fijara en otra cosa que no fuera el carro.

—Sí, lo veo. Podemos seguirlo. Si el sol sale antes de que lleguemos podemos usar la sombra de los árboles, están espesos de hojas —dijo ella sin darse cuenta de que Louis se encontraba cerca seguido por cinco vampiros más dispuestos a conseguir que ella llegara con vida a Bistritz, así como también pudiera ayudar a Adrian, pues era necesario, tal y como él explicó horas antes de partir.

—Pero Louis, no lo entiendo —dijo antes Sarah— ¿Por qué ayudar a nuestro enemigo?

—Porque nos allanará el camino. Por eso. Es necesario que encontremos todo y despertemos a nuestro padre, ya estamos a 20 de octubre, el día se acerca y si esa noche no lo tenemos todo, yo no voy a poder perdonarme.

—Creo que yo tampoco.

—Por eso, quienes hemos esperado esto más tiempo partiremos. Tenemos más experiencia y somos más fuertes. Vosotros no dejéis el Castillo, os dejaremos comida.

Sarah y los demás quedaron a la espera del regreso, si bien no todos aceptaron la orden y varios no se quedaron, salieron en pos de alimento dejando las aldeas más cercanas bajo el jugo de sus colmillos. Se alimentaron sin control y muchos cayeron en el deseo de ir a la ciudad, dejar a los pobres y conocer lugares más lejanos y más vampiros, si los había.

Los pocos que quedaron en el Castillo se iban distraendo mientras leían el manual sin tener la preocupación de guardarlo después. Eran niños pequeños en cuerpos de adultos que luchaban contra el sol, que conocían lugares del Castillo, conocían poco a poco los rincones más recónditos y los secretos escondidos de Drácula quien esperaba aún muerto en su ataúd. La estaca amenazaba con caer y como le tenían miedo, ninguno vigilaba su cripta. La oscuridad más absoluta reinaba en aquel lugar apartado del mundo. Las velas se apagaron. La puerta no se abría. Solo se oía el chillido de alguna rata cuando alguien ponía el oído llamado por la curiosidad más que por la necesidad de estar con ese padre que ninguno de los que habían quedado conocía.

Pero el hecho estaba claro, con él, reinarían, con él, podrían luchar y vencer, con él la vida sería suya y la Humanidad quedaría bajo ellos. ¿Acaso no había sido la propia Humanidad la culpable de muchos de los mayores desastres acontecidos? ¿Acaso el ansia de poder no llevaba a la Humanidad a matar a sus propios hijos? Ellos no eran así. Cumplían las normas y se respetaban.

Mucho debía aprender la Humanidad de ellos.

Pero eso era algo diferente al anhelo de Louis, él quería a su padre y luego que él dijera. Obedecería, seguro de que sus palabras y deseos eran los de su padre y el beneficio de todos; humanos y no humanos.

En ese momento, no había nada que le importara más.

Alina ya era otra cosa. A Louis no se le escapaba el amor que sentía por él, y las posibles dudas, desaparecieron al llegar al puente.

Adrian se encontraba en dirección al puente. Había utilizado el caballo y el sendero. Estaba agotado, el caballo llevaba la lengua fuera y él se quejaba de dolores en el torso.

A Alina casi le dio algo, pues era doloroso para ella ver los esfuerzos que realizaba sin tener asegurada la victoria. Pero él no se rendía, aunque el caballo no quería continuar. Era lógico, el puente estaba bastante mal, muchas tablas estaban rotas, otras no estaban y había algunas que solo estaban a trozos.

Pero tomó las armas. Ocultos como estaban entre el follaje de los espesos árboles con el día abatido, y el sol sin dejarse ver, no eran fáciles de distinguir. Adrian no vio a nadie.

Cargó con la ballesta, las dos espadas una a cada lado de las caderas en una funda. Llevaba una daga en la bota derecha y una pistola en su cartuchera junto al costado izquierdo. El cinturón con las balas se encontraba cruzado con el arco y las flechas que también cargaba.

La capa la dejó atrás, no sin antes emitir una oración y besarla, no quería perderla, era lo único que le quedaba de su padre, pero el sombrero lo llevaba puesto.

Con sumo cuidado, comenzó a cruzar. Dos tablones se rompieron a su paso y estuvo a punto de caer, llegó a quedar colgado sujeto tan solo con una mano, pero logró subir y proseguir su camino.

Alina sonrió cuando cruzó. Se lanzó en pos de la capa y la arrojó al agua ante la risa descontrolada de los demás que no podían creer lo que había hecho. Para aquel aquella capa era muy importante, pero ella le pibó de ella, lo que significaba que ya podían confiar, era una vampira con corazón de vampira y odio hacia la Humanidad. La sangre que probó, era el último peldaño que debía subir.

Solo Louis quedó consternado, la poca esperanza que tenía, había desaparecido para siempre.

Pero Adrian, quien se dejó caer de rodillas una vez cruzó, miró con disimulo hacia atrás, lo vio todo y continuó camino hacia el Castillo feliz. Alina era su aliada, estaba convencido, no tenía nada que temer, aunque prefería que el dolor le dejara respirar.

Capítulo 12

El camino hacia el Castillo se le hizo muy largo iendo a pie. Las armas no le pesaban, pero sí las piernas y las heridas del torso le picaban por momentos, para luego convertirse en pequeñas punzadas seguidas de un ardor constante, al cual seguía de nuevo el picor.

La mano derecha sobre el pecho calmaba un poco y al ligera presión hacia que las punzadas no fueran a más, pero poco más podía hacer. Debía seguir.

Por fin, ya casi al atardecer, llegó a Bistritz, donde se hospedó en un pequeño Hotel. No quiso cenar, solo pidió vendas limpias y agua.

—¿Le puedo preguntar qué ha sucedido?

—Fuí atacado. Voy al Castillo.

—Pero ese Castillo...

—Lo sé, pertenece a Drácula. Por eso voy, no pienso permitir que vivan más tiempo, ni él ni sus vampiros.

El hombre le llevó a la habitación seguro de que estaba loco, pero no dijo nada más, únicamente le deseó suerte cuando le subió una joven el agua y las vendas.

—¿Está seguro de lo que va a hacer? —preguntó en referencia al Castillo.

—Sí, lo estoy.

—En ese caso, suerte, amigo.

—Gracias.

Una vez quedó solo, Adrian se comenzó a desprender de las armas y de la ropa. Mientras lo hacía, su pensamiento estaba en Alina. La recordaba arrojando la capa al río, donde si nada lo impedía, llegaría al mar. Alina sabía lo que la capa significaba y la protegió: estaba de su parte.

Sonrió y comenzó a curar las heridas.

—¿Te ayudo?

El sobresalto hizo que diera un golpe en la mesa y parte de las armas cayeron al suelo con un gran estrépito que, sin embargo, no pareció alarmar a nadie. También el paño con el que se calmaba cayó al suelo.

—Perdona, soy muy sigilosa, cosa de ser lo que soy.

—¿Y se puede saber qué clase de vampiro eres? —preguntó él con extrañeza— No te he visto convertida en esos monstruos, soportas el ajo, las cruces...

—Sí, lo hago. Y mira —dijo tomando una flecha de plata del suelo—, no me quema. No lo he probado aún con el sol, eso me aterra demasiado, he sido testigo de como morían más de uno y no quiero acompañarles. Deja que te ayude, ahora me iré, no quiero que sospechen o me van por aquí.

—De acuerdo.

Alina comenzó a curar las heridas. Estaban cerradas, pero amenazaban con abrirse de nuevo y no estaba seguro de si podría hacer lo que debía; matar a Alina...

—No lo sé, Alina —dijo entre susurros sin percatarse de qué había dicho ni de si de verdad sus labios habían dejado escapar algo más que un simple quejido.

—Tienes que ir a ese Castillo, si quieres yo puedo dejarte alguna señal para marcar el camino. Pero tienes que ir, averiguar como matarle y darnos la paz. Y no te preocupes, yo estaré bien. Mi alma descansará en paz, eso es lo importante. Por otro lado, cuando Drácula resucite, reinará durante al menos mil años. Y en el Castillo donde vas, esperan la vida los verdaderos hijos de Drácula. Lamento decirte las cosas que te digo, pero no quiero que nadie me toque si ese hombre que me toca, no eres tú.

Alina cubrió el torso de Adrian con las vendas, y tras darle un beso en la mejilla, le dejó solo.

Adrian no supo cuanto tiempo transcurrió hasta que pudo reaccionar. Se limitó a permanecer allí, en la silla, junto a la mesa, con las armas encima, la ventana abierta, sintiendo el aire fresco acariciar su rostro y agitar sus cabellos como si le acariciara. La vela se apagó y la oscuridad se acentuaba cada vez más por la falta de luna que parecía no querer ser cómplice de aquello.

La joven era vampira, pero su comportamiento y sus habilidades casi la convertían en humana. Estaba confuso. ¿Y qué dijo? Que no la tocaba nadie más que él. Lo amaba, lo deseaba y él la iba a matar. ¿Eso era amor? Le daba la impresión de que no.

Sentado, el frío le fue entrando en las huesos mucho antes de que pudiera reaccionar. Dudaba de todos sus pasos, de sus intenciones y de lo que le movía. Su padre le enseñó una lección muy importante que desconocía como aplicar en ese caso. Si se movía por amor, debía seguir. Si se movía pro venganza, debía apartarse.

Si se movía por ambas cosas...

Él nunca le dijo el modo de actuar en ese caso. Tenía miedo, mucho. Creyó que podría decidirse repasando los motivos y separando estos en dos grupos, pero la balanza se situaba en el centro; no había movimiento para ningún lado.

Pasó la noche tan rápida como si en lugar de ella hubiera transcurrido una mañana o un tarde. La noche se alejó y parecía que la vida sabía donde dirigía sus pasos y que iba a hacer, pues el sol dejó de usar las nubes para ocultar se rostros amarillo y no permitió el paso ni de la menor. Todo el cielo estaba limpio como las claras aguas del río que dejaba ver incluso los guijarros del fondo aún cuando se encontraba cerca del mar.

Adrian sintió que su corazón se alegraba como aquel hermoso día. Alquilo un caballo, solicitó información de como llegar y una mujer le entregó una guirnalda de flores de ajo que él no dudó en llevar al cuello, así como un crucifijo.

—Conseguiré su propósito —dijo ella—. Lo sé. Lo conseguiré.

—¿Puedo preguntar cómo está tan segura?

—Joven, el sol apenas sale en estos meses de frío y hoy que usted se dirige al Castillo, sale con todo su esplendor y sin dejar una sola nube en el cielo. ¿No le habla eso de una buena señal?

Adrian bajó la cabeza y sonrió un poco, agradecido por aquellas palabras. Tal vez sí, pensó para sí, tal vez debería de seguir adelante y ya averiguaré el por qué hago esto.

Salió a lomos del animal que se mostró de lo más sumiso, de lo más obediente y calmado. El sol que caía sobre la copa de los árboles dejaba siniestras sombras de lo más macabras que podían ocultar peligros que ni quería, ni buscaba.

Mas no tuvo otra opción, se encontró en la obligación de pasar al no existir ningún otro camino. El otro le hacia subir la montaña para luego bajarla. Era un viaje innecesario en el que que además de perder tiempo y energía, podía arriesgar la vida, ya que nunca visitó aquella montaña y el bosque le ofrecía un camino directo.

Además, no veía a Alina, si la veía, estaba seguro, sería en el bosque, donde las sombras la

podían mantener viva, si aquello era vivir.

De pronto, a sus pensamientos, regresó Vincent. El sacerdote. Esperaba que estuviera haciendo progresos, aunque en esos momentos prefería que le hiciera compañía. Estaba acostumbrado a la soledad, pero era un hombre que se acostumbraba muy pronto a la compañía.

Pero en cuanto la silueta del Castillo se mostró en el horizonte, las dudas y los deseos desaparecieron. Era un Castillo imponente, era inmenso, estaba claro que el tiempo y el abandono eran los causantes de más de uno de sus deterioros, aunque la naturaleza era algo salvaje cuanto menos. Él solía pasar las épocas invernales recorriendo otros lugares, de hecho, solo llevaba dos años por esos terrenos y los fríos de América, Inglaterra e Francia no eran tan salvajes. El anterior lo pasó en el sur cobijado por un matrimonio al cual prometió que volvería a visitar en la primera oportunidad, pues no solo estaba agradecido por su acogida, también por la bondad que demostraron hacia él cuando les ayudó con algunos problemas con ciertos seres que nadie sabía de donde habían salido, aunque la Iglesia le dijo que eran arpías.

No le fue difícil, una vez las vio, reconocerlas y poder acabar con ellas. Una flecha en el corazón bastaba. Pero desconocía como habían salido de la isla Griega en la cual estaban confinadas.

Aun así ya no volvió a ver ninguna más, aunque se dispararon de nuevo los rumores de los vampiros y aún no había terminado.

—Pero acabaré con ellos y descansaré tranquilo. Mi madre, ni padre y Alina serán vengados. Encontrarán la paz y también yo —dijo a media voz al caballo mientras el acariciaba—. Vamos, al Castillo.

El camino le fue diferente a lo que creía iba a encontrar. El terreno era escabroso. Existían partes que daba la impresión pertenecían a la Edad Media con toda seguridad. Otras zonas eran más nuevas, mejor cuidadas y más ricas. Las montañas daban la impresión de que iban a comenzar a bramar y él no podría ayudar a nadie.

Por otro lado, el camino empezaba a ser complicado para el animal y los aullidos de los lobos no mejoraban la situación. Pese a ser de día y de el sol estaba en pleno esplendor, Adrian se mostraba un tanto confundido. Sabía que no era normal en él, pero desde que Alina fue llevada, nada era normal.

—¡Aquí! —dijo una voz femenina protegida por las sombras del frondoso bosque que flanqueaba la carretera, si a aquel camino de tierra y piedras se le podía llamar así.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin desmontar pero colocándose a su lado.

—¿Qué hago? Ayudarte. ¡Vaya pregunta! —dijo con extrañeza ella— Te dije que te ayudaría y pienso hacer tal cosa quieras o no.

—De acuerdo, lo siento. Perdona —dijo arrepentido por haber tratado a aquella joven de una manera tan cruel—. Estoy... Mira, quizás te lo debí haber dicho antes, pero yo estoy acostumbrado a la soledad y nadie nunca me explicó las cosas del amor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, quien ya comprendía el camino tomado por Adrian.

—Quiero decir que te amo. Que te amo hasta el infinito. Que no sé que hacer y tengo miedo de perderte —respondió cabizbajo.

Alina no necesitaba ver el rostro de Adrian para que le explicara la verdad de todo aquello: ella también le amaba. Lo hizo desde el primer momento.

Sin embargo, creyó preferible que no lo supiera, pues de lo contrario podía ser peor para él, y ella deseaba todo lo contrario.

—No me vas a perder, pero yo he averiguado algo. Sé toda la maldición. Te lo voy a decir,

pero tienes que ir al Castillo de todos modos. ¿De acuerdo?

Adrian asintió. Sí, la iba a perder, ya la había perdido, pero conocer la maldición le podía ayudar a averiguar muchas cosas. ¿Quizás también como rescatarla? Era una tontería, no se podía salvar la vida a alguien que ya no vivía.

—El dragón durmiente puede despertar, si alguien estas palabras, es capaz de pronunciar: al anticristo reclamo, para que a su hijo, ayude a vengar la crueldad, que con él se ha cometido. Estas palabras se han de pronunciar, tras la última campanada de las doce de la medianoche, del día 31 de octubre. Cuando el dragón durmiente los ojos logre abrir, la sangre de la estirpe que le acestó la puñalada mortal, se ha de derramar. La vida se verá regresar y Drácula reinará mil años más. Pero si la sangre se derrama y con la estirpe, el dragón no durmiente acaba antes del alba, los mil años nunca terminarán. De lo contrario, el hijo pródigo lo suyo reclamará y los mil años nunca comenzarán.

Adrian oyó aquellas palabras estremecido de pavor al principio, mas al escuchar todo el texto la segunda vez, comprendió.

—Entonces hay un modo de acabar con Drácula, pero debo esperar a que despierte.

—Sí, por desgracia sí. Adrian, tú eres el hijo pródigo, eres un Dracul, puedes limpiar el honor de la familia. Por favor. Averigua cómo y que los mil años no comiencen.

—No lo harán. Te lo juro. No lo harán.

Capítulo 13

Siguió camino directo, pero no había manera, su mente le contaba y mostraba recuerdos que nada más que aumentaban el odio hacia aquellos seres ante cuyo deseo de sangre, no eran lo suficiente fuertes como para que pudieran ver que existían otros modos.

Pero ya de poco importaba. De muy poco. No había marcha atrás. Debía vencer.

Frente al Castillo, los lobos se habían congregado. En el patio tras la puerta exterior, apenas se podía ver el suelo. Los lobos lo ocupaban todo. No estaban furiosos, solo estaban allí.

Adrian se dio cuenta de que nada podía hacer. Regresar no estaba en sus planes y seguir significaría de manera irrevocable que iba a morir. Aunque disparase doce flechas al mismo tiempo, los supervivientes se lo cenarían.

Desmontó. Analizó la situación: Solo. Un caballo. Muchos lobos. Terreno desconocido.

—Estoy aquí —dijo una voz femenina con los ojos rojos y los colmillos blanco salientes—. ¿Te has olvidado de mí?

—Alina... —dijo en un susurro, pues no se había dado cuenta de que ella estaba a su lado, casi oculta por las sombras de la torre y la muralla que el sol acariciaba en el lado opuesto.

—Sí, yo —dijo ella—. Ven por aquí, te llevaré donde tienes una entrada. Quizás te sea difícil llegar arriba, pero no encontrarás complicaciones. Vamos, trae el caballo.

Adrian obedeció. Tomó las riendas del animal y lo dejó atado al tronco de un árbol.

Siguió a Alina y entró por una puerta que llevaba hacia abajo. Las escaleras de piedra no eran muy buenas, algunos peldaños estaban dañados, otros enteros, algunos eran más bajos y otros muy altos. Supuso que quien los hizo no tenía mucha idea.

—Ten cuidado al bajar. Cuando llegues abajo, toma la escalera frente a esta y sube. Ten cuidado. Verás y oirás cosas extrañas. No prestes atención ni vayas a volver atrás. Solo sigue. Una vez arriba, saldrás a la muralla. Toma la puerta frente a ti y baja. Enseguida estarás donde quieres ir. Te esperaré allí —dijo despacio para que las palabras no se las llevara el viento como se llevaba la ceniza o el humo.

—Ven conmigo.

—No puedo. Tú estás solo. Alguien se ha de ocupar de que no eres sorprendido por nadie, y eso solo lo puedo hacer yo. Nos encontraremos, tranquilo.

Sin decir más se esfumó. Desapareció entre miles de puntos rojos que él deseó poder coger uno por uno para formar de nuevo a aquella joven, que siendo vampira, o lo que en verdad fuera, aún era más hermosa que aquella muchacha bajo cuyos cuidados logró mantener la vida a su lado.

Sonrió y comenzó a bajar.

Peldaño a peldaño, estaba cada vez más seguro de estar a punto de encontrarse con alguien indeseado, pero aun así, no pudo dejar de pensar que tal vez Alina estuviera arriesgando demasiado para poder darle a él la oportunidad de ganar en aquel enfrentamiento.

Por un momento, cuando Alina como humana, se le presentó ante él, recordó que ella le había visto la marca. Ella le dijo en el bosque que era el hijo pródigo. ¿Lo sabrían los demás vampiros? ¿Ella le habría puesto una trampa?

Resbaló y cayó de bruces. El dolor de las posaderas, le hizo reaccionar. Si Alina hubiera sido como cualquier otro vampiro, no podría coger la plata, no soportaría el ajo ni los objetos sagrados. no. Alina no era como ellos, y por lo tanto, no debía dudar de ella. ¿Acaso no la conocía?

Claro que sí la conocía. Perfectamente.

Entonces, ¿por qué dudar?

Se puso en pie. Sonrió con una amplia sonrisa que iluminó su rostro confuso y prosiguió.

Llegó a un lugar lleno de luces verdes. Era algo así como un cielo lleno de estrellas, solo que no eran astros, eran capullos. Capullos de seres vivos que brillaban en la oscuridad. No debían medir más de medio metro, eran finos, de unos veinte centímetros de ancho. El corazón le dio un vuelco cuando, al fijarse bien, descubrió que tenían vida. Algo dentro se movía; una respiración, un corazón... Ni lo sabía ni lo quería saber. La muerte de Drácula podía, sin lugar a dudas, acabar con todos.

Pensando en ello, caminó entre aquellos capullos situados con cuidado en el suelo, en fila, separados unos de otros por unos tablones de madera cuidadosamente colocados.

Las ganas de liarse a tiros con aquella monstruosidad no hacían más que aumentar. ¿Por qué ella no le advirtió? ¿Acaso quería que él lo viera para comprender lo que en juego había?

Sí, era necesario acabar con Drácula, con todos aquellos “hijo” ya no, era vital. Y no por la aldea, para nada, ellos sabían defenderse, lo descubrió cuando tuvieron el valor para acabar con la vida de un par de huérfanos aterrados de miedo. Pero sabía la profecía y no había lugar a dudas. El 31 de octubre. Nada más. El 31 de octubre después de la última campanada.

Mientras, podía conseguir la información que ellos no iban a darle de ninguna forma.

Y, por supuesto, debía centrarse en salir de allí. El sombrero lo llevaba, pero la capa no, y comenzaba a sentir sus efectos, pues el frío aumentaba, mas tampoco deseaba que la prenda heredada de su padre, se enganchara o rozara por aquellas cosas. Por mucho que lo lamentara, en el mar estaba mejor.

Caminó hasta llegar a la escalera iluminada con una antorcha. Adrian la tomó y comenzó a subir. Aquellos peldaños estaban mejor que los anteriores. Eran más regulares, aunque menos estrechos, el pie casi no el entraba y debía subir con sumo cuidado.

Por suerte, la antorcha ofrecía luz suficiente y podía ver donde poner lo pies. Además, de vez en cuando una pequeña ventana permitía el paso de la luz, pero por desgracia, a medida que iba subiendo, la claridad iba acompañada de unos gritos de lo más curiosos, y al mismo tiempo, aterradores. Eran sonidos muy raros, gritos mezclados con llanto, aullidos y ta vez, el silbar del viento. Alina le advirtió, por lo que hizo cuando pudo para prestar la mínima atención, aunque a medida que iba subiendo, el sonido era más aterrador y las dudas de no saber qué era, le hacía temer constantemente por el bienestar de Alina.

La joven le dijo que una vez arriba, se dirigiera a la puerta que frente a él iba a haber. Pues bien, llegó, pero el horror le hizo volver la cabeza hacia la oscuridad con los ojos cerrados, incluso bajó la antorcha que a punto estuvo de apagarse, mas en el último instante, algo le hizo reaccionar y rescató la llama que le alumbraba el camino, puero no se atrevía a mirar.

Desde abajo no se había percatado, o quizás, pensó, desde abajo no se ve, pero aquello era sencillamente repugnante, lamentable y extremadamente doloroso la máximo.

Las lágrimas caían por sus mejillas pálidas y el corazón casi no le latía.

Allí, delante de él, frente a donde él estaba, al menos una docena de cuerpos en descomposición yacían atravesados por una laza y alzados del suelo, por el arma que les perforó

las entrañas, al menos treinta centímetros.

El hedor había desaparecido, no olía a nada, o al menos él no olía, solo se veían los cuerpos y los fluidos en el suelo pegados. Se entraron arcadas. Quizás era el modo que tenían de advertir, pero él prefería una jaula de locos en lugar de aquel macabro espectáculo.

Era cierto que no encontró a nadie, ni a un vampiro ni a un lobo, pero...

Rezó durante un largo rato hasta sentirse mejor y con cuidado comenzó a caminar. Vlad “el empalador”. Viendo aquello, Adrian no quería saber nada de aquel y que fuera un antepasado aún complicaba más la situación, se avergonzaba.

Aunque no tardó en advertir que aquellos cuerpos no podían llevar más de unos meses muertos ¿quién les asesinó? ¿Los vampiros? ¿Por qué?

Era imposible pensar que tal vez la humanidad pudiese realizar aquella atrocidad a sus semejantes. ¿Cómo podían? ¿Por qué? ¿Hacia donde se dirigía la Humanidad siendo capaz de un acto tan cruel?

Continuó caminando hasta llegar a un lugar que en un primer momento no supo qué era.

El olor a moho, humedad y muerte le llegaba desde todas partes. Daba la impresión de que eran las mazmorras, pero no veía rejas ni nada parecido a una cárcel, solo veía instrumentos de tortura con claras señales de uso constante. Se veían charcos de sangre reseca, pegada al mármol y también se veían cabellos y un par de marcas de uñas que arañaron la pared dejando allí su piel, su sangre y posiblemente la vida por el lugar donde ese encontraban; cerca del potro.

Observó todo aquello.

Perplejo, molesto. ¿Cuántos inocentes habían muerto allí? Los vampiros no mataban así, ellos no hacían nada de aquello, ellos solo mataban, punto. Pero aquello era cruel, era imposible, era... inhumano.

Dejó escapar un profundo suspiro. Los vampiros querían sobrevivir. ¿No era posible una convivencia pacífica? ¿No era posible vivir todos juntos? Los criminales merecían morir, pero la Humanidad no hacía distinción, los hombres mataban por el simple hecho de matar, era por dinero, por poseer lo de otro, por...

Se lamentó de todo aquello. Lamentó los actos impuros, la acracia, el orgullo, la blasfemia... Muchos mataban porque otros no creían en su mismo Dios. Siempre la palabra dios para justificar un crimen. La mentira para acompañar un delito. ¿No se daban cuenta los hombres de que fueron creados a imagen y semejanza de ese Dios? No, eso no lo tenían en cuenta, porque entonces todas las vida valdrían lo mismo y los poderosos no podrían pisar la vida de los menos poderosos, pues eran igual de importantes.

Salió de allí y tomó el otro camino.

Era un pasillo oscuro, iluminado nada más que por la antorcha que tenía en la mano derecha, contemplando las horribles formas que la luz dejaba al descubierto. De las sombras aparecían rostros desfigurados, gritos y risas macabras.

Adrian sabía que era su mente jugando una mala pasada, pues no había nada allí y nadie, a excepción de él y Alina, quien en ningún momento le había dicho nada de lo que iba a encontrar, tal vez porque no había forma de explicar algo así, no había manera de explicar aquello.

—Aquí, Adrian.

La voz le llegó directa a los oídos procedente de la derecha donde una puerta abierta le ofrecía una sala.

Entró.

La sala estaba muy iluminada por candelabros en todas las paredes. No entraba ni una pizca

de aire, pero lo prefería, pues estaba seguro de que el olor le echaría hacia atrás.

—No me dijiste...

—Lo sé, lo siento —dijo ella de pie junto a una chimenea—. Quería que lo descubrieras por tí mismo. La vida es muy diferente a lo que nos han enseñado. Puede que tu tengas dudas, tu padre no te enseñó todo cuanto debía, ni te contó la verdad de tu origen, pero a mí me enseñaron que la vida no nos pertenece, que debemos aceptar nuestro destino y yo te aseguro que no es así.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Adrian, que debes esperar a que llegue el 31 de octubre, que debes permitir que Drácula despierte y una vez eso pase, reclamar lo que te pertenece y acabar con él para siempre.

—¿Y qué pasa...?

—Solo actúa, Adrian. Deje que Drácula despierte. Deja que te hieran para derremar tu sangre y que él la beba. Luego, clava una estaca de álamo temblón en el corazón de Drácula, corta su cabeza y cuando le dejes en su ataúd, no olvides colocar ajo y pronunciar: Te devuelvo al sitio del cual viniste. Descansa para la eternidad y no regreses hasta que tus pecados no sean limpiados. No olvides las palabras, es todo lo que debes hacer. Adiós, Adrian.

Capítulo 14

Las palabras de Alina le provocaron un mareo de confusiones y sensaciones que le llevaron a permanecer sentado en el sillón de la sala con la mirada puesta en un punto en el cual no había nadie. Solo un pequeño rayo de luz que a la fuerza entró por la ventana cerrada hasta quedar congelado en el suelo cubierto de polvo.

El polvo era su compañero en aquel lugar tétrico congelado en el tiempo. Hasta las arañas se habían marchado dejando en el olvido los laberintos de seda.

Suspiró y se cubrió el rostro con las manos.

¿Qué había pasado? ¿Qué iba a hacer?

Matar a Drácula.

Se mataba y punto.

Adrian no estaba tan seguro. Allí había demasiado en juego para que fuera tan sencillo. Alina le ocultaba algo, igual que su padre. Alina no le dijo nada de lo que iba a encontrar. Le ocultó aquello, ¿qué más? Lo desconocía por completo y le daba miedo saberlo.

Por segunda vez en su vida tenía miedo de verdad. Ese miedo capaz de detener el pensamiento y el valor del más fuerte de los mortales.

Pero era que él era un mortal y empezaba creer que ese mortal estaba en una encrucijada y solo. Vincent se encontraba a varios días de distancia dispuesto a proteger una aldea.

Él, debía proteger no un país; tres países. Bistritz se encontraba situado en la frontera, los vampiros...

No quería pensar, pero tampoco verse como se veía. ¿Por qué dudaba? ¿Por las palabras de Alina? Era una tontería. No dudó con quince años, cómo hacerlo a los treinta y tres...

—Tal vez porque a los treinta y tres, has visto más vida y comprendes mejor al ser humano. No te extrañe.

Adrian escuchó las palabras con total claridad, justo a su lado. Apartó las manos del rostro y de un salto se levantó. De manera automática, se llevó la mano derecha a una de las pistolas, pero aquel ser negó con la cabeza.

—Si te hubiera querido matar ya estarías muerto, pero no, estás vivo. Deja de preocuparte por nimiedades y siéntate, tenemos que hablar. Por cierto, mi nombre es Louis.

Adrian apartó la mano de la funda y se sentó sin apartar los ojos del vampiro, que comenzó a moverse hasta situarse frente al sillón donde se encontraba él.

—Adrian, nos hemos matado mutuamente, y el día 31 de octubre, uno u otro morirá sin remedio. Eso ya lo sé. Pero antes, quería verte frente a frente y quería que me contaras, que me explicaras, el motivo de que no podamos convivir. Vivo desde los tiempos de mi padre y nunca he dado con la explicación de veras convincente que me diga el por qué no compartimos un mundo tan grande como en el que vivimos.

—El humano es el único ser creado por Dios, es el único que vive, vosotros...

—Vivimos Adrian, vivimos como tú no puedes comprender. Escúchame. Nosotros vivimos, sentimos, comemos, bebemos, amamos, nos protegemos unos a otros. ¿Podéis decir vosotros eso?

Sé que pasó con los hijos del panadero. Les mataron a sangre fría. ¿Crees que eso es un acto justo? No me vengas con tonterías, sabes muy bien que no es así. No, es un acto que ni los lobos.

—¿Qué quíeres decir? —preguntó Adrian. Sabía que camino tomaba la conversación, qué dirección se divisaba a lo lejos como meta.

—Lo sabes muy bien. Yo puedo defender a mis hermanos. ¿Puedes hacer lo mismo con los humanos?

—La madre que da su vida por su hijo, el hijo que arriesga la vida por llevar un trozo de carne a sus padres, el médico que trabaja de día y noche en atención a sus pacientes... Que algunos sean incapaces de salir adelante sin herir a los demás, no significa que tengan que sufrir los inocentes.

—En eso estamos de acuerdo.

—Sí, pero no en que los muertos deben estar en su sitio, no deambulando por el mundo. A cada uno lo suyo.

Louis sonrió ante aquellas palabras. Estaba seguro de que Adrian desconocía por completo la verdad de su nacimiento y no iba a ser él quien se la contara, pero sí lo que sus antepasados hicieron.

—¿Sabes qué lugar es este? —preguntó sentándose en un sillón frente a Adrian.

—El Castillo de Bistritz. Situado en la frontera de tres países.

—Muy bien. Pero ¿quién es el propietario?

—Me supongo que lo será Vlad.

—Sí. Drácula es propietario de varios, pero precisamente de este, no lo es.

Los ojos de Adrian se abrieron cuales ventanas a la más asombrosa maravilla. Extrañado, desconocía por completo hacia donde quería llevarle Louis. Tenía claro que había cometido un error en subestimar a alguien como aquel, pero desconocía qué podía hacer sino era dejarse llevar.

—Te puedo leer el pensamiento Adrian. Lo digo por si aún no te has dado cuenta y quieres, en cambio, pensar en algo que no me deje con la vida de tus amigos en mis manos. Mi consejo, no pienses.

Adrian dejó escapar un profundo suspiro. Se centró en la capa que creía en el río camino al mar, en lo que para él representaba.

—Muy bien, sigue así. —Felicitó Louis—. Como te iba diciendo, este Castillo no es de Drácula. Ni mío. De ningún vampiro. Su propietario ni sabe que es dueño de algo tan majestuoso. Pero claro, en algún lugar debíamos mantener a los bebés. ¿No te parece?

Adrian asintió. No dijo nada, ni se atrevía a hablar. El miedo a lo que fuera a contar Louis, le tenía atónito.

—El Castillo es de los Dracul. Mas concretamente, del hombre que dejó a su hijo en una cesta y la echó al río. Es tuyo Adrian, te pertenece a ti, es tu herencia. Y, por lo tanto, será tu muerte.

—¿Mío?

—El hombre que huyó era pariente de Vlad y era el heredero de esto, pero no pudo ser. Huyó con su hijo en pos de un lugar donde no estuviera Drácula. Ese lugar no existe.

Adrian apartó la mirada de Louis para fijarla en sus temblorosas manos. Las preguntas se apiñaban en la montaña hasta perderse de vista la cima cubierta por las nubes. Dejó de pensar en la capa para centrar el pensamiento en Vincent. ¿Lo sabía él?

—No me es posible responder tu pregunta, no tengo a esa persona delante. Si la tuviera, ten

por seguro que te respondería, pero me resulta complicado responder a ciegas, no es mi deseo que entre personas existan confusas dudas que podían resolverse con la verdad desde el comienzo.

—¿De qué me sirve a mí?

—Este Castillo es tuyo, te pertenece, claro que te sirve. Un techo es algo que todos los humanos queréis. ¿No quieres el tuyo? ¿Acaso te dan miedo los muertos?

—No, no me dan, pero lo que me vas a pedir a cambio nunca te lo daré.

—Desconoces si voy a pedirte algo. ¿Por qué dices ya que no me lo das? —Louis parecía tan tranquilo y tan confiado que Adrian se estremeció un poco más de lo que creyó haría— No voy a pedir nada, ni lo más mínimo.

—Eso es falso.

—Tú no puedes leer mi pensamiento, saber lo que yo siento y mucho menos, puedes decir algo así. Nada te pido. Te invito a quedarte aquí, conocer el lugar, visitar el Castillo de arriba a abajo. Solo eso.

—Es una extraña invitación si, como dices, el Castillo es mío.

—El Castillo es tuyo. Por eso te invito a que lo visites, a que lo conozcas. Luego, el día 31, ya decides tú mismo que deseas, pero no olvides que nada puedes hacer a excepción de esperar, mejor esperas aquí que en el bosque. ¿No te parece?

Adrian se resignó. En parte tenía razón, hasta el 31 no podía hacer nada, pero quedarse por mucho que le llamara la curiosidad tampoco era lo más adecuado. Necesitó tres días para llegar: debía regresar.

—Yo mismo te llevaré, Adrian —dijo Louis al tiempo que se levantaba del sillón—, esto tiene que terminar algún día, es lógico que alguna vez lo haga por nosotros mismos, porque nosotros decidamos acabar con esto. Por favor.

—Está bien, acepto.

—Mis compañeros se ocuparán de los cadáveres, si oyes lobos no te preocupes, son amigos.

Adrian permaneció inmóvil. Quieto en el sillón, observando como Louis se marchaba sin usar ni la puerta ni la ventana. Un estremecimiento le poseyó e inmediatamente, se puso en pie, abrió las dos ventanas y respiró el aire del exterior.

Alina le hizo ir allí. No podía acabar con Drácula mientras no estuviera en su poder aquella estaca de álamo temblón. Sorpresa. El jardín del Castillo estaba lleno de álamos de esa clase. Contó en una mirada rápida unas dos docenas.

Sonrió. Por ello estaba allí. Alina se lo puso todo en sus manos. Mientras, decidió dar una vuelta por aquel Castillo, poder conocer los rincones que nunca nadie le mencionó antes, dar con la información desconocida y ser capaz de averiguar de sus antepasados.

Abrió las ventanas de la sala. Eran tres en total. Dos daban al jardín y la otra daba a una especie de invernadero donde una fuente corría llevando agua limpia como un cristal.

Salió de la sala. Hacía caso omiso al polvo que se pegaba en su ropa negra, tenía cosas más interesantes por ver y se dedicó a ello.

Lentamente, iba conociendo el pasillo, pues encontró una ventana y la abrió. El sol había vuelto a desaparecer, pero al menos ofrecía luz y dos puertas se dejaron ver; una entrada al invernadero y una entrada a la Biblioteca.

Le dio que iba a necesitar unos meses largos para conocer la cantidad de volúmenes que allí había. Era inmensa y llena de libros del suelo al techo. Diversas ventanas de diferentes tamaño ofrecían luz y varias escaleras, unas rectas, otras con curvas y algunas móviles, facilitaban el acceso a las baldas más altas, donde diversos libros esperaban.

En un primer momento, a simple vista, pudo ver libros de física, teología, matemáticas, Historia, Geografía... Otros eran más recientes.

—La Biblioteca se sigue usando —dijo Louis con un libro sobre Londres entre las manos—. Mis hermanos y yo los traemos, nos gusta leer, conversar sobre la lectura y descubrir cosas que quizás nunca veamos. Tenemos la muerte muy cerca Adrian, eso lo sabes tu mejor que nadie. Ya está retirando los cadáveres, cuando lo hagan nos iremos y nos volveremos hasta el mismo 31 que te llevamos con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque esto tiene que terminar algún día y preferimos elegir nosotros el día si a ti no te importa. ¿Acaso tienes mejor plan para ese día?

Adrian negó con la cabeza.

Por alguna razón frente a aquel se sentía como un niño pequeño, un niño obediente que va haciendo todo lo que los demás le dicen que haga. Lo achacó al magnetismo de los vampiros y a la inmensidad de la sala que parecía ocupar una plaza de pueblo entera.

Salió de allí y tomó el pasillo de nuevo.

Abrió otra ventana, pero durante un largo rato no encontró otra puerta. Supuso que era innecesario, se sabía que había.

Cuando dio con una la abrió. Era también bastante grande. Un dormitorio completo. Lleno de polvo, con dos grandes ventanales que daban a una terraza y una puerta que, al abrirla, le llevó de nuevo a la Biblioteca.

Cerró la puerta, no tenía ganas de leer, por alguna razón, únicamente deseaba dormir.

Se echó en la cama sin importarle nada de lo que hubiera y se durmió de inmediato mientras el sol comenzaba a salir detrás de una nube y todas las ventanas abiertas se cerraban de golpe.

Capítulo 15

Los días transcurrieron rápidos, pero Adrian no dejó de investigar y de recorrer todo el lugar localizando una pequeña Capilla y una cripta vacía. Cerca se encontraba el pueblo, por lo que la comida no le faltó.

Y la determinación tampoco.

La noche del día 30 la pasó rezando en la capilla y preparando las armas. Se decidió por el arco y las flechas, así como una espada y la estaca que él mismo talló de álamo temblón.

Sabía que, quizás, el arma inventada por Vincent le fuera de más utilidad, pero no tenía la menor duda de que los vampiros no le atacarían, le necesitaban vivo para despertar a Drácula. Debía ser él quien acabara con su vida si deseaba que los mil años no tuvieran fin.

Estando en esos pensamientos, llegó Louis.

—¿Te he asustado?

—Un poco, sabía que vendrías de un momento a otro, pero no te he oído —respondió Adrian con una sonrisa nerviosa— ¿Estás seguro?

—No voy a matarte, sabes que si lo hago, mi padre no podrá reinar. ¿Estás preparado?

Louis alzó a Adrian. Tras varias horas que a Louis apenas le costaron un esfuerzo, aunque a Adrian dejaron completamente agotado, llegaron al lugar donde Drácula reposaba. Incluso la luna se tiñó de sangre.

Adrian no quería pensar. Prefería actuar y acabar lo mejor posible. Podía ver el fuego del odio y el reproche en los ojos de aquellos seres, quienes a duras penas se podían resistir a no avanzar hacia aquel mortal y destrozarle, pero habían jurado que iban a esperar a que su padre les diera permiso.

Sin embargo, muchos se acercaban e intentaban arañar, pero Louis les detenía.

—Os lo recuerdo. Ni una gota de su sangre puede correr, hasta que nuestro padre no vaya a despertar. Debe beber de él primero nuestro padre. —Louis hablaba con tanta calma que parecía un padre explicando a un hijo el porque no podría permanecer más tiempo levantado.

Pero Adrian, en medio de ellos, observando aquello, se dio cuenta de que sus posibilidades, si bien eran mínimas, allí eran nulas. Podría acercarse a Drácula, pero ¿cómo clavar la estaca?

Desde el primer momento, los vampiros se le echarían encima, no había oportunidad.

No sería la muerte de los vampiros, todo aquello le decía que sería la suya. ¿Cómo podría evitarlo? Él, que durante dieciocho años se había dedicado a matar a los vampiros, ahora, en ese momento, iba a ser el modo de que para toda la eternidad, fueran a vivir en un mundo donde las cosas bellas, el amor; la vida en sí, tendrían que dejar de tener sentido porque sería de seres sin alma.

Apartó la vista del pasillo por el cual le llevaba Louis pero centrarlo en las pequeñas piedras que formaban el corredor. Alina. Alina volvió de nuevo a su pensamiento con aquella sonrisa. Su rostro, sus ojos, su cabello... incluso su voz.

—Pensar en ella es posible que sea lo mejor que puedes hacer hoy. Desde este momento no voy a leerte el pensamiento.

Adrian sonrió con amargura. ¿Qué más daba? Era lo mismo. Leer o no leer. En definitiva, no había modo de hacer aquello delante de tantos. ¿Cómo hacerlo? Si al menos estuviera Vincent... Pero no, estaba solo. Completamente solo.

—Espera aquí, hasta la noche no podremos hacer otra cosa.

Adrian estaba nervioso. Entró en la sala y quedó allí, en pie, mirando lo que había: un par de ventanas, una decena de sillones frente a la chimenea, una alfombra y un retrato, una pintura que observó durante un largo rato. Le era familiar, conocido, tenía un ligero parecido a su padre, pero aun así, era un poco más alto o eso parecía y el cabello lo llevaba mucho más largo.

—Supongo que será Drácula antes de ser lo que es ahora —dijo en voz baja con una leve sonrisa—. Es increíble como hacemos las cosas que hacemos.

Se sentó en uno de los sillones. No iba a ir a ninguna parte. Las ventanas estaban abiertas, y le dejaban ver los barrotes gruesos, de hierro que le impedían salir. Por otro lado, la puerta tampoco era posible, pues cuando se cerró tras de sí, pudo oír la llave que echaba la cerradura.

De todos modos, lo que sí deseaba saber era dónde estaba Alina. No la había vuelto a ver. Sabía la profecía pero no le importaba ya. Durante dieciocho largos años había acabado con monstruos como aquellos y todos volvía a ser el ser humano que fueron cuando la vida les abandonó. Pero todos salvaban su alma, al fin y la cabo era lo que importaba, aunque poco se ocupaban de la vida.

Las gentes que había conocido vivían sin valorar nada, vivían por la vida después de la muerte. Solo Alina le hizo ver que también existían personas que buscaban y esperaban un mañana mejor en la vida.

—Curioso que quien busca el bien y la felicidad en el más allá siga vivo, y quien lo busca aquí, ya no esté.

La voz de Louis le sobresaltó.

Había dejado las ventanas abiertas y el sol que no hizo antes acto de presencia lo estaba haciendo en ese momento en el que él se sentó. Pero ya no lo veía. Solo había penumbra. Miró hacia la ventana y permanecía abierta, era el sol el que se marchó por ser la hora de despedirse y dar paso a la luna, quien sonriente, daba la impresión de querer disfrutar del espectáculo.

—Estaban dormido, por eso te he leído el pensamiento, espero que no te moleste.

—No, para nada.

—Es lo hora. ¿Algo especial que quieras?

—No, nada en especial. ¿Y vosotros?

Louis dejó escapar una gran carcajada. Ellos eran muchos y él solo uno, ¿cómo pensaba tener alguna posibilidad?

—Eres muy divertido, pero no tienes nada que hacer.

—Bueno, eso ya lo sé, pero esperemos, la noche es larga.

Louis le llevó fuera de la sala. Despacio recorrieron el entresijo de pasillos hasta el cripta, cuya puerta de hierro no dejaba pasar a nadie sin invitación, aunque en ese momento se encontraba abierta.

Los demás vampiros se encontraban allí. La cripta era un cementerio bajo el Castillo. Diversos nichos se encontraban tallados en la paredes, pero los cuerpos transformados ya en esqueletos que si se manejaban se quedarían convertidos en huesos sueltos, no poseían ningún tipo de ataúd.

Adrian comprendió que los ataúdes los estaban usando. Esbozó una ligera sonrisa y quedó frente a una sala privada sin ventanas dentro de la cripta.

Era pequeña, se podía ver un ataúd y cuatro candelabros de oro encendidos.

—¿Por qué no me has quitado las armas?

—Porque da igual que las tengas. ¿De veras crees que puedes con todos?

Adrian dejó escapar un profundo suspiro. Era cierto, pero en una sala como aquella no habían más de seis personas, ya no tenía que vérselas con tantos.

De todos modos también era una empresa arriesgada y no había oportunidad de tener un solo fallo. Ni uno.

Abrieron el ataúd en el momento en el que el reloj de pie, colocado en la sala, comenzó a sonar. Retumbaba todo el espacio. Un ligero polvo, procedente de la arena de las paredes, comenzó a caer.

Las campanadas parecían no acabar nunca. Era casi más factible que la sala se derrumbara a que pudieran despertar a aquel, idéntico al cuadro. La única diferencia residía en que en la zona de la garganta poseía una cicatriz que iba de parte a parte. La estaba había caído. Era de pino.

Cuando sonó la número once, Louis tomó la mano de Adrian. Con un cuchillo, le hizo un corte en la palma de la mano diestra. La sangre manó a caudal sobre una copa que una joven sostenía. El cazador ni se inmutó. Reconoció de inmediato el cuchillo; la daga con la que Abraham tenía que sacrificar a su hijo. Roma se iba a alegrar de poder recuperar esa daga histórica.

Cuando las campanadas se callaron, lo hizo también el pensamiento de Adrian, al ver que la copa con su sangre era colocada en los labios de Drácula, al tiempo que Louis comentaba:

—Al anticristo reclamo, para que a su hijo ayude a vengar, la injusticia que con él se ha cometido.

Drácula comenzó a beber, la sangre a desaparecer y abrió los ojos.

La sangre manaba de la herida de Adrian y parecía que la olía, pues nada más sentarse en el ataúd, le pudo ver. Los ojos de Drácula aún eran más rojos que los del resto, más profundos y sus colmillos más afilados. La cicatriz del cuello desapareció.

Adrian dio unos pasos hacia atrás, pero enseguida chocó con la pared. La mano empezaba a dolerle, pero no podía pensar en sí mismo. Era imposible para él clavar la estaca en ese momento, no llegaba a la estaca y Drácula, de pie, aún imponía más.

Nadie le había preparado para aquello.

Quiso moverse, pero no podía.

Quiso cerrar los ojos, mas no le obedecían los párpados.

Estaba paralizado.

Sin embargo, en ese momento, algo llamó su atención. Era una visión. En su mente, Adrian podía ver a su padre, a Alina, a su madre y supo que debía hacer y como.

Dejó que Drácula se le acercara. Ofreció su mano izquierda, pero colocó la derecha en el costado izquierdo, como haciendo presión para que la sangre se detuviera. Con calma, sin pensar, solo con el resto de Alina activo, permitió el roce frío de los dedos de Drácula.

Este, antes de tomar la mano, fue detenido por Louis, quien le habló algo al oído.

En ese momento, la mirada de Drácula se encendió. Y con un tirón cargado de rabia, mordió con desesperación. Adrian dejó escapar un grito de dolor. La mano le ardía, sentía como le succionaba la vida con un deseo que no era más poderoso que el suyo, pero no controlaba.

No, hasta que las fuerzas no le volvieron, sabía que era el último intento por mantener la vida, y pudo, sujetando bien la estaca, clavarla en el pecho del monstruo que se retorció. Un chasquido de huesos rotos se dejaron oír, semejante al de una rama seca al quebrar.

Drácula cayó al suelo. Los gritos de los vampiros dañaban los oídos a Adrian y el intento de

llegar hasta él no bastó, todos los vampiros querían llegar al mismo tiempo, la estrechez de la sala no lo permitía y Adrian no se daba respiros, pues con una fuerza inhumana que desconocía tuviera, pisó la estaca que atravesó aquel cuerpo. A continuación, saltó hacia la otra pared, para evitar ser mordido otra vez por un vampiro, y frente a ellos que le amenazan convertidos ya en los monstruos que en realidad eran, aunque con suma rapidez, tomó la espada de plata y le cortó el cuello mencionando las palabras que Alina le había indicado.

— Te devuelvo al sitio del cual viniste. Descansa para la eternidad y no regreses hasta que tus pecados no sean limpiados.

Una explosión de polvo estalló en el lugar con tanta fuerza que Adrian fue lanzado sobre la pared y perdió el conocimiento. También el reloj, cayó hecho pedazos y los candelabros quedaron en el suelo, apagadas las velas y destruido el ataúd. Los trozos de madera se entremezclaban con los cristales y el oro.

En medio del polvo, dos siluetas se empezaron a ver: Vincent y Sedri.

Entre los dos, intentaron sacar de allí a Adrian.

— No, dejadme, dejadme. Buscad un ataúd y meter allí sus restos. Rodear el cuerpo de ajo. Rápido.

Vincent dejó el cuerpo de Adrian medio inconsciente de nuevo, en el suelo apoyado en la pared. Con la ayuda de Sedri cumplió lo solicitado por Adrian, usando el ataúd de un vampiro. Cubrieron el cuerpo de Drácula con ajo y llevaron a Adrian arriba, donde en un dormitorio curaron sus heridas.

—¿Todo ha acabado, Padre?

—Tú no tienes las heridas en el cuello y estás vivo, significa que sí.

La ventana abierta ofrecía un hermoso amanecer y los primeros rayos del sol se dejaban ver. Uno, muy débil, entró hasta acariciar el rostro del joven quien sonrió; no le quemaba.

Epílogo

La mañana llegó. El sol salió y de los vampiros y Drácula nadie volvió a saber. Todos les dieron por muertos, todos lo celebraron, pero en el Castillo de Bistritz, donde no quedó resto alguno de los hijos de Drácula, a excepción de una gran cantidad de polvo, no había día en el que Adrian no observara el cielo y observase el rostro de Alina cuidándole.

La amó y nunca supo que había sido de ella, como tampoco que había sido de la capa que ella arrojó al agua, pero se sabe que antes de llegar al mar, fue recogida por una mano perteneciente a una joven de largos cabellos, ojos rojos y vestida de blanco, que vaga por el mundo con cuatro colmillos, ansiando disfrutar de la sangre humana cada 31 de octubre a las doce de la medianoche.